

mayachka

CUENTOS FUEGUINOS NICASIO TANGOL



NICASTO TANGOL

Esta obra obtuvo el primer premio en el Concurso "Pedro de Oña" en Septiembre de 1964, premio que es otorgado anualmente por la Ilustre Municipalidad de Ñuñoa.

MAY

CUENTOS PREGUNDO

ENCUENTRO EDITORIAL
S. A. DE RESPONSABILIDAD LIMITADA
CALLE ALVARO OBREGÓN N.º 100
SANTO DOMINGO DE LOS ANDES
SANTIAGO, CHILE



DERECHOS RESERVADOS
(c) EDITORIAL PRENSA LATINOAMERICANA S. A.
SANTIAGO DE CHILE 1965
PRINTED IN SANTIAGO-CHILE
IMPRESO EN SANTIAGO DE CHILE
INSCRIPCION N° 30359

NICASIO TANGOL

MAYACHKA

CUENTOS FUEGUINOS



- 1 9 6 5 -

PALABRAS DEL AUTOR

a ELENA SUGG,

esposa

camarada de trabajo y

esperanzas.

Mis palabras de homenaje a Elena Sugg y a sus
camaradas en el día de su muerte, se escriben en
la noche de la gran tormenta, en un momento de
crisis, en un momento de gran dolor y de gran
esperanza.

En aquellos momentos de crisis y de gran
esperanza, se escriben las palabras que hoy
se leen en la vida de Elena Sugg y de las camaradas del
Estado, para poder vivir y para poder morir. Hoy
para cada una de las camaradas, un momento de
esperanza por la camaradería que nos une y por
la vida que nos da y por la vida que nos da.

En este momento de crisis y de gran
esperanza, se escriben las palabras que hoy
se leen en la vida de Elena Sugg y de las camaradas del
Estado, para poder vivir y para poder morir. Hoy
para cada una de las camaradas, un momento de
esperanza por la camaradería que nos une y por
la vida que nos da y por la vida que nos da.

Maria Sugg

PALABRAS DEL AUTOR

Mis estudios del folklore ona, yagán y alacalufe, comenzaron en el año 1956 y solamente logré conocer la región en Mayo de 1964. La presente colección de cuentos, estructurada en el transcurso de este tiempo, no podía publicarse debido al desconocimiento visual de la patagonia.

Me complace manifestar a los lectores, y a mis compañeros de labor, la cooperación que recibiera de la Línea Aérea Nacional y de los Ferrocarriles del Estado, para poder viajar a esa lejana región. Reciban pues estas dos instituciones, mi gratitud y agradecimientos por la comprensión que demuestran frente a la labor que realizan los escritores chilenos.

Se hace también acreedor de mis agradecimientos, el amigo y ex-alumno Juan Pedro Martínez, radicado en Punta Arenas, ya que debido a su intervención y a sus desvelos logré recorrer Tierra del Fuego y gran parte del continente. Gracias mi buen amigo por tu generosidad, por tu hospitalidad.

Nicasio Tangol.

TIERRA DEL FUEGO

Esc 1:200000



Personalidad harto múltiple de escritor es esta de Nicasio Tangol, quien después de "Huipampa, Tierra de Sonámbulos", "Las Bodas del Grillo", y "Carbón y Orquideas", nos regaló con un bellissimo cuento de poético carácter infantil: "La Tenuita de Cantarranas", y más tarde con su novela "La Plegaria de las Bestias", de un realismo estremecedor.

Ahora me ha entregado el manuscrito de sus cuentos fueguinos: "Mayachka", y tengo con él una nueva sorpresa y un nuevo encanto.

Si, en *La Plegaria de las Bestias*, sobrecoje el cuadro de tintas oscuras y de sombras, donde la vida de Pedro Pablo Ortúzar es la torpe y en el fondo desdichada vida de tantos hombres en Chile y en el mundo, contada en un estilo directo que llega a veces a los abismos del delirio más sórdido o a las angustias de lo más banal, en los cuentos que forman este volumen nos lleva a vivir y a respirar el anchuroso y mitológico ambiente de los indios que otrora poblaron Karukinká.

Es sorprendente y admirable cómo, Nicasio Tangol ha conseguido apoderarse del espíritu de aquellos pueblos primitivos y mostrárnoslo en todo su misterio y su poesía.

Con ello, y en este tema, Tangol se ha colocado, a mi juicio, a la cabeza de los escritores, ensayistas y viajeros que nos han hecho conocer costumbres y leyendas de aquellas tribus nómadas de cazadores y pescadores que habitaron esas desoladas regiones. Y era útil y hermoso hacerlo porque ya su vida y su historia han ido desapareciendo, desplazadas, perseguidas y muertas por la ambición y la codicia del blanco.

Es curioso y digno de observar cómo en Mayachka, El Pequeño Latschich, La Cabeza de Kawayul, El Gigante Háis y Thaiyín, flota un extraño y peregrino hábito de leyendas bíblicas, griegas y orientales.

Realmente ignoro si Tangol se dejó llevar de propia imaginación y adornó y desarrolló de acuerdo a ella estas fantásticas historias, o si se ciñó en su libro a versiones exactas recogidas en las más prístinas fuentes... Talvez haya algo de lo uno y de lo otro y, ¡no iré yo a preguntárselo, porque los escritores tienen sus secretos! Pero puedo aseverar que ni estudiosos, ni etnólogos; ni misioneros, ni novelistas (y conozco bastante literatura al respecto porque el tema me apasiona), lograron captar y trasladar al escrito esos ámbitos míticos de onas y yaganes, con la pureza y la fuerza primigenia con que lo ha hecho Tangol en sus cinco narraciones.

Mayachka, es propiamente una leyenda griega. El Pequeño Latschich, pareciera tener su origen en la Bíblica historia de Jonás. El tema de La Cabeza de Kawayul trae reminiscencias de leyendas nórdicas. (¡El otro extremo de la Tierra...!)

Finalmente, “El Gigante Háis”, con su telúrico desarrollo y “Thaiyín” podrían aparecer también entre las más nobles y viejas mitologías conocidas. Aún, entre las indostanas y polinésicas.

Es curioso y apasionante tema el de observar estas misteriosas semejanzas y analogías, y puede que algún estudioso erudito llegue a dilucidarlas.

En todo caso, el autor de “Mayachka”, consigue narrar sus escogidas leyendas y describir el paisaje en que estos hechos ocurrieron, —o fueron contados de generación en generación junto a la hoguera tribal—, con un acento de verdad, de auténtica verdad, que sólo un verdadero artista logra.

CARLOS ROZAS LARRAIN.

MAYACHKA

Al este de Lanushwaia, a una legua de distancia, más o menos, la costa de la Tierra del Fuego se presenta bastante escarpada y rocosa. Sin embargo, existen ahí varias caletas muy bien resguardadas, siendo Wujyasima la mejor protegida.

Siglos atrás, había en Wujyasima un pequeño tolderío ona del grupo háus, formado por tres o cuatro familias que en total no sumaban más de veinte personas. Como disponían de una buena caleta para la pesca y de los bosques cercanos para sus cacerías, vivían ahí tranquilos y sin apremios, olvidando su nomadismo característico.

Seguramente ellos no pensaban moverse aún de ahí, cuando se vieron obligados a abandonar la caleta.

Una de esas tardes silenciosas, de infinita quietud, que suelen producirse en las playas patagónicas, el tolderío de Wujyasima fue sorprendido por un griterío infernal que llegaba desde la playa. Los onas, previendo un ataque sorpresivo, huyeron hacia los bosques del noreste, dejando todo abandonado, incluso sus cabañas.

Ellos no se habían equivocado. Wujyasima era invadida por una tribu de indios yaganes, que venían de la península de Brecknock, en busca de playas más hospitalarias. Y realmente esos alisimoonoalas, (1) como se les llamaba a los habitantes de esa desamparada y tempestuosa región, iban en

(1) Nombre que recibían los yaganes que vivían en la península de Brecknock.

son de guerra. Hombres y mujeres, se habían pintado la cara con puntos blancos sobre fondo negro; además, estaban armados de garrotes, lanzas, hondas y flechas. En cuanto sus canoas llegaron a la playa, los indios, repitiendo sus gritos amenazadores, corrieron al tolderío háus. Aunque no encontraron a nadie ahí, rodearon el reducto en medio de una algazara infernal. Luego procedieron a registrar una a una las cabañas abandonadas. Salvo algunos cueros de guanaco, varios trozos de carne y unos cuantos utensilios del hogar háus, nada más hallaron en ellas.

Terminado el registro, y después de cerciorarse de que ni en los matorrales, ni en los bosques cercanos habían enemigos, ocuparon el reducto.

El indio Cowilij, fue el único que se instaló en una de las chozas abandonadas por los háus. Su mujer, luego de ordenarla y de tapar algunos huecos con los cueros de foca que ella llevaba, encendió el fuego. Y mientras su marido se quedó sentado a orillas del fogón, ella se dirigió a la playa; iba a buscar los mariscos que había dejado en su canoa.

Cuando Latabilik-kipa regresó, había un gran tumulto alrededor de su choza.

Una de las mujeres del grupo, se adelantó para decirle:

—Tu hombre encontró una niña adentro.

—Yo no vi ninguna —respondió, sorprendida, Latabilik-kipa.

Ante la incredulidad de la india, otra de las mujeres confirmó:

—Sí, Latabilik; adentró está.

Nada más comentaron, pues en ese mismo instante el indio Cowilij, rojo de ira, salía de la choza arrastrando a una pequeñuela.

—No quiere hablar esta porfiada, —informó el indio a su mujer, agregando en seguida:

—¡Tómala!; a ver si tú la haces hablar. Y quitándole la capa de cuero, con que la niña se cubría, la entregó a su mujer completamente desnuda.

La niña pronunció algunas palabras, pero nadie entendió lo que ella dijo.

Latabilik-kipa, para que todos oyeran, comentó en voz alta:

—Niña habla lengua etelum ona (1). No servirá para nada.

¿Qué haremos con ella Cowilij?, —preguntó a su marido, que permanecía a su lado.

—Llévala a la choza, después veremos lo que se hará, —ordenó éste. Y mientras Latabilik-kipa entraba con la niña a la choza, él se dirigió al bosque en busca de leña.

Al día siguiente Cowilij y su mujer se levantaron muy temprano; y en cuanto encendieron fuego, pusieron a cocer uno de los trozos de carne que habían encontrado en la cabaña.

—Parece que esa niña no ha despertado todavía, —dijo Latabilik-kipa, mirando hacia el rincón donde la habían acostado la noche anterior.

—No; ni siquiera la he sentido moverse, —respondió Cowilij, acercándose a la pequeñuela, que dormía profundamente.

—¡Despierta, Mayachka!, —gritó, remeciéndola con brusquedad. La pequeñuela despertó asustada, y soñolienta aún, miró al indio quien en ese momento se acercaba de nuevo al fogón.

—¿Mayachka, dijiste?, ¿quién te ha dicho su nombre?

—Nadie, mujer; pero así se llamará, —respondió Cowilij con indiferencia.

Y fue así, como la pequeñuela que fuera abandonada por los indios háus, quedó incorporada al reducto yagán, con el nombre de Mayachka. Al principio, Mayachka llamó mucho la atención, por ser distinta a las demás niñas de la tribu yagana; pero con el transcurrir del tiempo, y a fuerza de verla cotidianamente, esa curiosidad desapareció. Incluso, Latabilik-kipa, que la tenía a su cargo, no demostraba por ella ningún interés especial. Y, apenas la niña pudo valerse sola, la abandonó a su propia suerte.

Mayachka, por su parte, poco a poco se fue distanciando del reducto, hasta que por último su vida se hizo completamente independiente y solitaria. De esta manera, Mayachka

(1) Onas del este.

pasó a ser el ejemplar más puro del salvajismo primitivo de la Tierra del Fuego.

Aunque pasaba largos períodos sin aparecer por Wujyasima, los yaganes sabían que ella rondaba por las playas y por los bosques cercanos. Cuando ellos menos se lo pensaban, aparecía sobre la cima de un barranco, sobre el filo de un acantilado o emergiendo del fondo del mar y resoplando como una loba. Y a medida que el tiempo transcurría, mayor era su aislamiento, tornándose por último más arisca que un bagual y más escurridiza que un zorro.

De tarde en tarde solía acercarse a Latabilik-kipa, especialmente cuando ésta iba a mariscar lejos del tolderío. Muchas veces la ayudó a llenar sus canastos, pero apenas veía a otra persona emprendía la fuga, desapareciendo entre los peñascos o entre los arbustos de algún matorral cercano.

* * *

Mayachka ya no era la niña que Cowilij había encontrado en la cabaña de los háus. Su cuerpo, bronceado por el sol, el viento, la luna y el agua salada, tomaba formas de mujer. Y los frutos de la hembra comenzaban a cuajar. De ello, ya se había percatado el indio Cowilij, quien la observó desde su canoa, una tarde que la mozuela caminaba por las playas de Wujyasima. La vio alta, vibrante de caderas y pantorrillas; de cuerpo flexible, más flexible que un lazo de piel de foca. Avanzaba indiferente, empapada de llovizna y apuntando con sus pechos agudos el horizonte infinito.

Desde esa tarde Cowilij vivió obsesionado de Mayachka, la espía de día y de noche, esperando minuto a minuto la ocasión propicia para atraparla.

Y la ocasión llegó.

Era un día borrascoso. Desde el Cabo de Hornos venía el viento, rugiendo entre graznidos de albatros y chillidos de gaviotas. Silbando pasaba sobre los acantilados para ir a retorcer su furia contra los matorrales fueguinos. El oleaje, que también venía bramando desde allá, llegaba iracundo a descargar sus toneladas de aguas revueltas, contra el ro-

querío de Wujyasima. Y, bajo este vendaval de la naturaleza, junto al graznido de un cuervo resonó el grito gutural de Mayachka:

—¡Yak-ein! (1). Y ella apareció cabalgando sobre el lomo de una ola gigante, que luego la lanzó como un fardo hacia la playa. Justamente a los pies de Cowilij, que se encontraba asegurando las amarras de su canoa.

Restregándose los ojos y salpicada de espuma salobre, se levantó Mayachka enrabiada. Se sentía molesta, vencida, era la primera vez que el mar la estropeaba de esa manera. Y cuando aún no se reponía de ese ultraje, sintió que alguien la tomaba de los hombros, era Cowilij. El macho enardecido jadeaba, tenía los pómulos hinchados y las aletas de sus narices vibrando como los belfos de un potro en celo. Mayachka, amparada por su arisca inocencia, haciendo un brusco movimiento, logró zafarse de las manos de su agresor. Iba a emprender la fuga cuando Cowilij, dando un salto gigantesco, cayó con todo su cuerpo sobre ella. Rodaron por el suelo, y durante largo rato revolcaron sobre la arena húmeda sus cuerpos desnudos. Enardecidos se retorcian anudados; eran dos panteras jadeando bajo la fría y persistente llovizna de la Tierra del Fuego.

Por fin, las piernas de Cowilij enlazaron las caderas resbaladizas de Mayachka, reduciéndola.

El macho triunfante, acomodaba ahora pacientemente su presa sin permitirle el menor movimiento. Fue entonces, cuando ella mordió, mordió como una fiera. La sangre brotó tibia y le llenó la boca, pero él no cedió; por el contrario. Enfurecido la aprisionó con mayor fuerza. Y mientras los dientes de Mayachka penetraban en sus carnes, él también adentraba en las entrañas de la hembra.

Poco a poco ella comenzó a ceder; sus músculos, tensos en la lucha, lentamente fueron aflojándose y sus dientes dejaron en libertad el brazo ensangrentado del indio Cowilij.

El viento pasaba ululando sobre ellos, y se iba a retorcer entre el matorral como una fiera enloquecida. Mientras tan-

(1) ¡Mi madre!

to, en el roquerío el oleaje se despedazaba, produciendo un ruido ensordecedor. Y entre el bramar del viento y el estruendo del oleaje se arrastraban quejumbrosos los jadeos de Mayachka.

Comenzaba a obscurecer. Cowilij se levantó silencioso. Entristecido, contemplaba a la joven que permanecía en el suelo con la boca entreabierta, respirando suavemente. De pie, rígido como una estatua, permaneció el indio con la mirada extraviada. Parecía buscar algo, algo que no sabía lo que era, ni donde se encontraba. De pronto saltó sobre una roca, luego a otra más alta, y de ésta a una planicie de donde miró el tolderío de la tribu. De ahí observó también a Mayachka; la vio luchar contra la resaca de una ola gigantesca, que había invadido la playa. La vio salir del agua, sacudir la arena adherida a su cuerpo y luego emprender la marcha en dirección a Ushuaia. Caminaba con seguridad, con desplante, escrutando con su mirada felina el ocaso blanquecino de un sol invisible. Cowilij la siguió con la vista, hasta verla desaparecer entre el roquerío costero del canal Onachaga. (1)

* * *

Mayachka se había propuesto abandonar Wujyasima. Quería irse lejos, muy lejos de ese lugar, donde jamás volviese a encontrar a Cowilij. Impulsada por esa decisión caminó día y noche, sin sentir cansancio, ni sueño.

Agotada, llegó hasta una caleta donde decidió descansar. Encendió una pequeña fogata y se puso a cocer los mariscos que había recogido durante su largo viaje.

Recién comenzaba a comer, cuando divisó una canoa; iba a la deriva, en dirección a la isla Hakenyeshka. Considerando que la embarcación le serviría para ir donde ella quisiera, se lanzó al agua con la intención de alcanzarla. Nadó con rapidez; como estaba acostumbrada a ese ejercicio, muy pronto la tuvo casi a su alcance. Pero repentinamente se le-

(1) Canal Beagle.

vantó un fuerte ventarrón, el que imprimió a la canoa una gran velocidad. De tal manera la impulsó la ventisca, que Mayachka perdió la esperanza de poder alcanzarla. Ante esa realidad abandonó su intento, y se devolvió. Ella, en su afán de dar alcance a la embarcación, no se percató de la distancia que había recorrido. Sólo al emprender el regreso se dio cuenta de lo lejos que se encontraba de la costa. Ahora, nadando en contra del viento y del oleaje, avanzaba lentamente.

Muy luego Mayachka se sintió agotada. Si se mantenía a flote era gracias a sus brazos. Un lobo marino comenzó a seguirla; a cada instante lo veía más cerca, más cerca, hasta que por último se instaló a su lado. Al sentir sus resoplidos, presa del terror, lanzó un grito histérico, y haciendo esfuerzos sobrehumanos trató de alejarse de él. Pero, todo fue inútil; la fatiga ya se había apoderado de ella. El lobo, entretanto, rozándola cautelosamente con su pelaje tibio y resbaladizo, trataba de sostenerla. Sólo entonces ella comprendió que era inofensivo y que se había acercado para ayudarla. Y cuando él hacía esfuerzos para evitar que ella se hundiera, Mayachka, instintivamente se aferró a su pescuezo, desvaneciéndose.

Al volver en sí, experimentó un raro placer al sentirse transportada por ese animal de pelaje fino y suave.

Cuando comprendió que el lobo en vez de acercarse a la costa, se alejaba de ella, embriagada por la velocidad y la tibieza que él le transmitía, se dejó llevar.

Después de recorrer millas y millas arribaron a una isla donde el lobo tenía su guarida. Era una gran caverna, a la cual se llegaba después de cruzar una playa de arena fina. Mayachka supuso que ese sería su refugio ya que la había llevado a esa oquedad, donde las huellas indicaban que él solía reposar ahí.

El paraje era realmente hermoso. Hacia el suroeste se levantaba un promontorio rocoso, donde aullaban su impotencia los huracanes del Cabo de Hornos. El resto de la isla estaba cubierto por un bosque de arbustos enredados y retorcidos. Ahí pernoctaban las gaviotas, los carmoranes, los petreles,

los cuervos y algunos pingüinos achacosos, quienes a fuerza de repetir sus letanías se quedaban dormidos. Era una isla pequeña, Mayachka la recorrió de un extremo a otro ese mismo día. Y aun dispuso de tiempo para juntar leña seca y recolectar algunos nidos, que le servirían de yesca para encender el fuego.

Cuando ella salió a recorrer la isla el lobo se quedó dormitando sobre una roca, pero al regresar ya no estaba. Esta ausencia la preocupó bastante; sin embargo, entró a la caverna y se puso a encender fuego. Apenas las llamas comenzaron a levantarse, sintió un ruido extraño y prolongado, semejante al ruido que producen las hojas secas al ser arrastradas por el viento. Como ese ruido aumentara por momentos, alarmada salió a ver lo que sucedía.

Sólo al llegar a la playa, comprendió que se trataba de una gran varazón de peces. Era un inmenso cardumen, que el lobo mantenía acorralado a fuerza de aletazos y resoplidos. Mayachka comprendió la intención del lobo, sigilosamente se introdujo en el mar. A pesar de su cautela los peces huían atolondrados, tropezando con sus pantorrillas, resbalando por sus muslos o azotándose contra sus caderas. Uno, ya adulto y poco temeroso, que se detuvo a olfatearla, fue el primero que ella atrapó y lanzó a la playa. El intruso enterró el hocico en la arena y luego comenzó a retorcerse como una lombriz. Otro que andaba a cabezazos con sus nalgas también fue a enterrar su hocico en la arena. Luego fue otro, otro y otro, hasta que la playa quedó cubierta de pescados de todos tamaños y variedades.

Cuando Mayachka comenzó a trasladarlos a la caverna, el lobo se acercó a la playa y se echó sobre la arena. Más tarde, rengueando, rengueando avanzó hasta su guarida, la que encontró iluminada por una gran fogata. Como él no estaba acostumbrado al fuego, se quedó afuera observando atentamente los trajines de la india. Ella, valiéndose de un madero apropiado, removía las brasas sobre las cuales había puesto a cocer algunos pescados. Cuando éstos estuvieron listos, cogió uno de los más grandes y se lo ofreció al lobo. Este, después de olfatearle repetidas veces, le dio un mordisco. Pero

al instante, lanzó lejos el bocado. La india, sin poder contenerse soltó una ruidosa carcajada. A pesar de todo, el lobo hizo otros intentos, convenciéndose al fin que su paladar no estaba hecho para cosas calientes. Avergonzado, se levantó y acercándose a un rincón se puso a comer pescados crudos. Una vez satisfecho se allegó a Mayachka, quien instintivamente lo esquivó, dejando entrever un gesto repulsivo. Ante este menosprecio, el lobo volvió a su rincón, y desde ahí se puso a contemplarla, permaneciendo entristecido y acongojado.

Cuando sus grandes ojos redondos se llenaron de lágrimas, la india se acercó a él y lo acarició. Por último, se sentó a su lado, permitiéndole incluso que apoyara la cabeza sobre sus muslos, mientras ella palpaba con ternura su pe-laje suave y sensual.

Y ante el rubor de las llamas, Mayachka se fue ocultando lentamente bajo esa piel sedosa y brillante, hasta desaparecer. Sólo de vez en cuando, sus pechos agudos asomaban como gaviotas atragantadas entre las aletas oscuras del cetáceo. Y cuando el lobo marino comenzó a resoplar, como lo hacía para acorralar a los peces, las sombras invadieron la caverna. Y mientras algunas brasas mantenían fulgores de piedras preciosas, Mayachka gemía suavemente.

* * *

Transcurrió el tiempo. El lobo marino y Mayachka vivían felices en su isla. A menudo salían a dar largos paseos por el mar. En tales casos, ella nadaba hasta cansarse; luego, abrazándose al pescuezo del cetáceo, o subiéndose sobre su lomo, recorrían los dilatados contornos del archipiélago fueguino.

En uno de esos paseos, los sorprendió una tempestad terrible. Mayachka, aterrorizada ante esas montañas de agua levantadas por el huracán antártico, a cada momento se aferraba más y más al lomo de su cabalgadura. Y a medida que arreciaba la tempestad, mayor era la intimidad de sus cuerpos. A pesar de la borrasca, el lobo sentía un placer infinito

con la tibieza de aquel cuerpo desnudo que lo oprimía. Placer que era acrecentado por la respiración jadeante de Mayachka, que penetraba a través de su pelaje electrizado.

Résoplando de felicidad volvió el lobo ese día a la isla. Mayachka, por su parte, agotada por el esfuerzo y el terror, semidesfallecida, apenas logró desprenderse de él, corrió a tenderse sobre la arena. Desde entonces, si el mar no estaba tempestuoso, no había paseo.

Aunque el lobo no sabía hablar, a fuerza de repetir y repetir determinadas actitudes, consiguió que Mayachka comprendiera sus deseos.

Para indicar que tenía sueño, se tendía de espaldas en el suelo y cerraba los ojos. Si tenía hambre, se acercaba a una piedra y la mordía. Cuando quería salir a pescar, cogía un madero, y con él en la boca, se dirigía a la playa. Si quería salir de paseo, se echaba a los pies de la india y luego retrocedía haciendo una venia. Cuando tenía pena, la demostraba subiéndose a una roca y permaneciendo tendido sobre ella días enteros.

Una tarde que el mar estaba muy encrespado se echó a los pies de Mayachka, en seguida retrocedió inclinando la cabeza. Como ella no lo acompañara salió solo, internándose en el mar sin rumbo determinado. Seguramente debe haber ido muy lejos, pues, cuando regresó, ya estaba oscuro.

Dos días después, aunque no había viento ni oleaje, el lobo repitió su invitación; Mayachka tampoco quiso acompañarlo. Esas dos negativas, inexplicables para él, las consideró como un desprecio. Algo estaba sucediendo que él no entendía. Amurrado se tendió sobre una roca, y ahí se quedó meditando durante el resto del día. Cuando llegó la noche se levantó para dirigirse a su guarida, pero al recordar el desdén que había recibido volvió a recostarse y se durmió.

Al amanecer del día siguiente, Mayachka se dirigió a la playa llevando en los brazos a su hijo recién nacido. Iba a lavarlo al mar, como era la costumbre. Al ver que había bastante oleaje, buscó un remanso apropiado para bañar a su hijo sin peligro. Eligió uno bastante profundo, pero muy bien resguardado por las rocas. Palpó repetidas veces el agua y

comprendiendo que estaba muy helada, se llenó con ella la boca y luego, lanzándola en forma de ducha, roció el cuerpecito del pequeñuelo. Después de repetir varias veces la operación, llevó a su hijo a la playa y arrojándole con una piel diminuta, lo dejó sobre la arena. Regresó ella de nuevo al remanso, donde se bañó y friccionó su cuerpo de madre primeriza.

El lobo, que la había observado desde que ella llegara a la playa, disimuladamente se acercó a la criatura. Y, echándose a sus pies, se puso a contemplarla con dulzura infinita. Mayachka, que en ese momento volvía del baño, sin dar mayor importancia a su actitud contemplativa, tomó a su hijo y regresó con él a la caverna. Ahí lo examinó, cuidadosamente. El hijo que ella había tenido no era del malvado Cowilij, debido a que su cuerpo estaba cubierto de vellos finos y suaves. Salvo ese detalle, era un niño normal, a quien debía cuidar y criar como lo hacen todas las madres.

Su mayor preocupación era la de saber si su hijo aprendería a hablar; tenía sus dudas, por cuanto jamás había conseguido que el lobo lo hiciera.

Pero, apenas transcurrió el tiempo necesario esa duda se disipó. Su hijo hablaría puesto que ya pronunciaba algunas sílabas.

Un día que salió a mariscar con él, éste encontró un pescadito muerto, lo tomó y mostrándoselo a su madre comenzó a gritar:

—¡Syuna!, ¡syuna! (1)

Era la primera palabra completa que él pronunciaba con toda claridad. Por eso, la india le puso el nombre de Syuna.

Aunque Syuna la distraía, quitándole a la vez gran parte de su tiempo, ella no se despreocupaba del lobo, por quien sentía un verdadero afecto. Y a medida que su hijo crecía, este afecto era mayor aún, ya que el noble animal se portaba cada vez más amable y cariñoso, tanto con ella como con su hijo.

Desde el nacimiento de Syuna, ellos no habían salido a dar sus paseos acostumbrados; el pequeño no podía quedar solo

(1) Pez de las rocas.

en la isla. Pero apenas éste creció un poco, los reanudaron, sin alejarse demasiado.

En una de esas salidas, la más prolongada de todas, Mayachka alcanzó a divisar los acantilados espumosos de Wujyasima. Desde entonces no pudo olvidarlos, y atormentada por la nostalgia, vivió entristecida. Lo que más la desesperaba era el no poder comunicar al lobo su deseo, pues tenía la seguridad que él la llevaría a Wujyasima o a cualquier otro lugar que ella quisiera. Por otra parte, tenía el problema de su hijo; él no sabía nadar y tampoco aprendería, ya que como buen yagán le tenía terror al agua.

A pesar de esos inconvenientes no perdió las esperanzas, y a fuerza de ensayar diversos procedimientos logró, al fin, que el lobo comprendiera que ella deseaba volver a Wujyasima. Además, él le dio a entender que podían hacer el viaje en cualquier momento. Ante esa seguridad desapareció su nostalgia y, considerando que su hijo estaba aún muy pequeño para resistir el hielo del agua, resolvió esperar un tiempo más antes de hacer el viaje.

Días después, al sorprender a su hijo con una piedra en la mano dispuesto a lanzarla en contra del lobo, cambió de opinión y se dispuso a partir ese mismo día para Wujyasima. Como estaba enrabiada por la actitud de su hijo, lo tomó con brusquedad y echándolo a la espalda, salió con él de la caverna en dirección a la playa.

Apenas se lanzó al agua, el lobo, que la estaba observando, salió tras ella. Cuando llegó a su lado, Mayachka, agradecida, lo acarició restregando suavemente su cuerpo en el pelaje del cetáceo.

Aunque ella era una excelente nadadora, la mayor parte del viaje lo hizo montada sobre el lomo del bondadoso lobo.

A media tarde, llegaron a Wujyasima. Y mientras ella y su hijo se dirigían al tolderío yagán, el lobo abandonó la playa para ir a refugiarse entre el roquerío del canal Onachaga.

Latabilik-kipa, mujer de Cowilij, fue la primera en reconocer a Mayachka, experimentando una gran alegría al verla, pues la tenía por muerta. Luego llegaron otras indias,

quienes al reconocerla, demostraron también su alegría. Más tarde se acercó a ella un grupo de hombres, entre los cuales estaba Cowilij. Este se mostró profundamente impresionado, no tanto por Mayachka, sino que por su hijo. El indio lo miró con desprecio; en seguida, pasando la mano por el cuerpo del niño, dijo:

—Tiene pelos de lobo.

Las mujeres, que hasta ese momento no se habían preocupado de ese detalle, luego de palparlo, comentaron:

—Tiene pelos de lobo, pero es igual a un niño.

—Sus ojos son redondos, igual a los ojos de un lobo.

—Su cuerpo está cubierto de pelos, no debe ser Yámana. (1)

Estas y otras observaciones hicieron los yaganes sobre el hijo de Mayachka, mientras ella simulaba hablar con Latablik-kipa de otras cosas.

Era tal el nerviosismo y la vergüenza de la india que cuando un grupo de mujeres se dirigió a sus canoas para salir a mariscar, ella sin pensar en lo que hacía, se sumó al grupo, dejando abandonado a su hijo en el tolderío.

Cuando estaban en alta mar, las mujeres la informaron diciéndole que iban a la isla Hakenyeshka en busca de erizos y mejillones, y que volverían al anochecer. Pero ellas no contaban con la borrasca que se desencadenó repentinamente, obligándolas a refugiarse en una pequeña caleta. Por lo cual no pudieron volver a Wujuyasima hasta el día siguiente.

Syuna, por su parte, no demostró extrañeza alguna en el nuevo ambiente, y, vencidas las primeras reticencias de los niños del reducto, se puso a jugar con ellos sin acordarse más de su madre.

Al día siguiente despertó asustado; todo lo que le rodeaba era extraño para él, y todo lo examinaba abriendo desmesuradamente sus grandes ojos redondos.

—Ojos de lobo —espetó Cowilij, quién en ese momento, sentado en cuclillas al lado del fogón, amarraba a un madero circular una red en forma de saco.

(1) Yámana o Yagán.

Syuna, sin demostrar la menor alteración por lo que el indio le dijera, bostezó repetidas veces y luego cerrando los ojos continuó durmiendo.

Momentos después, Cowilij salió de la cabaña armado de un arpón y de la red para cazar focas que recién había terminado de reforzar. El tenía la seguridad de que en las playas de Wujyasima, andaba un lobo marino. Los chillidos agudos de las gaviotas y las bandadas de albatros, que merodeaban por los roqueríos costeros, le habían dado esa certeza. Apuró el paso; su instinto de cazador lo guió hacia el lugar preciso donde se encontraba la presa. Era un hermoso lobo marino que dormitaba su cansancio sobre una planicie rocosa. Sin hacer el menor ruido, arrastrándose como un reptil, avanzó Cowilij hasta colocarse al lado de la roca sobre la cual se encontraba el dormilón. Ahí, con el agua a la cintura, preparó sigilosamente la trampa. Luego, dando un grito estridente, se aferró al extremo de la cuerda que circundaba la boca de la red. El lobo se levantó asustado y, semi-dormido aún, se lanzó al mar, cayendo justamente dentro del saco. Y mientras se revolcaba, enredándose en la malla, Cowilij, tirando con prontitud el extremo de la cuerda, cerró la boca de la trampa. En ese momento llegaron otros indios, quienes le ayudaron a trasladarlo hasta la playa de Wujyasima y ahí lo ultimaron a lanzazos.

Así murió el noble lobo marino que había entregado toda su bondad, todo su amor y cariño a la hermosa y arisca Machka.

Apenas se supo que Cowilij había cazado un lobo, todos los indios del reducto corrieron a la playa, donde ya se iniciaba el reparto. Reparto que se hacía de acuerdo a ciertas normas, fijadas por la tradición a través de los siglos. Y que era de tal manera respetada, que jamás se producían descontentos.

Latabilik-kipa, por ser la mujer de Cowilij, el cazador, fue la primera en recibir su parte, y, por supuesto, le correspondió una mayor cantidad. Luego, en estricto orden, todos fueron abastecidos, quedando del cetáceo solamente el cuero, que por derecho propio, le pertenecía a Cowilij.

A mediodía un fuerte olor a carne asada salía de las ca-

bañas del tolderío yagán y algunos niños que salían a jugar masticaban el sabroso bocado.

Latabilik-kipa, escogiendo el pedazo que estaba mejor cocido, se lo pasó a Syuna, diciéndole:

—Amma sum undupa. (Es carne de foca).

El niño, aunque jamás había comido carne, le gustó. La comió con glotonería. Cuando iba a salir a jugar, Latabilik-kipa le dio otro pedazo.

Afuera se encontró con una gran algazara, los niños gritaban de alegría, al ver que las canoas volvían a Wujuyasima. En una de ellas venía Mayachka; Syuna en cuanto la vio, corrió a encontrarla.

Junto a una planicie rocosa las mujeres comenzaron a desembarcar sus canastos con erizos y otros mariscos. A pesar del tiempo borrascoso habían hecho una buena recolección de esos productos. Cuando más atareada estaba Mayachka en esa faena, apareció Syuna. Ella, al ver que su hijo traía en la mano un pedazo de carne, soltando el canasto de erizos que tenía en los brazos, trepó a una roca. De ahí miró hacia la playa; sobre la arena estaba aún el cuero del lobo, y algunos desperdicios que los perros se disputaban. Lentamente descendió de la roca y se acercó a su hijo; éste la miró asustado y se dejó acariciar. Largo rato estuvo Mayachka pasando suavemente la palma de sus manos por el pelaje que cubría el cuerpo de Syuna.

Imaginaba estar acariciando al lobo marino, a ese ser sencillo y humilde, del cual había recibido tanto aprecio y cariño. Cuando mayor era su amargura, cuando ya no podía sujetar el llanto, su hijo, acercándole a la boca el pedazo de carne que llevaba en las manos, le dijo:

—Amma sum undupa. (Es carne de foca).

Ella, al sentir el olor a carne, se puso iracunda y sin poder contenerse, dio a su hijo un feroz golpe en la frente con un erizo que tenía en la mano. El niño cayó al suelo, de ahí resbaló entre las rocas y luego se hundió en el océano. Una de las mujeres se lanzó al agua para salvarlo. Después de varios intentos logró sacarlo a la superficie. Pero, cuando Mayachka estiraba los brazos para tomarlo, el niño, transformán-

dose en un syuna, o pez de las rocas, se escabulló de las manos de la mujer y desapareció en una caverna submarina.

Ante un hecho tan extraordinario las mujeres se quedaron asombradas; tiritando de miedo comenzaron a juntarse, acercándose como lo hacen las aves asustadas, a saltitos, a saltitos. De pronto, inclinándose a un mismo tiempo hacia adelante, emprendieron una carrera desenfrenada en dirección al tolderio.

Mayachka no se preocupó de ellas, los acontecimientos la tenían anonadada. Inmóvil, abatida, ausente, como una sonámbula se quedó al lado de las onas, con su mirada fija en el horizonte fueguino.

Era tal su enajenación, que al anoecer se sorprendió saliendo del bosque con una carga de leña. Ensimismada aún, continuó caminando hasta llegar a la playa. Guiada por los perros que lamían las piedras salpicadas con la sangre del lobo, se acercó al lugar donde Cowilij lo había ultimado. Ahí, hizo una fogata y se sentó en la arena a esperar la visita de los espíritus. Alguien le había dicho que cuando las llamas se extinguían llegaban los espíritus a calentarse al rescoldo.

Pasada la medianoche Mayachka fue sorprendida por un leve ruido; era evidente que alguien se acercaba. Lo sintió a su lado, percibió sus movimientos, su resuello tibio le acarició las mejillas; sin embargo, no veía a nadie.

Por fin, al frente de ella, como una nebulosa, comenzó a delinearse una figura que poco a poco fue haciéndose más nítida. Era el lobo marino que había llegado a calentarse al rescoldo. Sobre su lomo, adherido como una lapa, estaba 'Syuna. Aunque las figuras eran transparentes, Mayachka pudo contemplar con deleite los grandes ojos redondos del lobo y la cabeza achatada de Syuna.

Mientras Mayachka permanecía extasiada mirando a esos seres queridos, el indio Cowilij, que estaba espiándola, aprovechando la obscuridad se instaló detrás de ella. El sabía que en cualquier momento podía atraparla, pero esa actitud de ensimismamiento de Mayachka lo tenía desconcertado. Una fuerza inexplicable lo inhibía. Repentinamente, un extraño presentimiento se apoderó de él y trató de huir. Pero apenas

quiso hacerlo, la figura transparente del lobo que permanecía echado al lado del fuego, dando un salto gigantesco, se le interpuso. Cowilij, retrocedió aterrorizado. De pronto cayó al suelo, golpeándose contra las rocas. Cuando trató de levantarse, resbaló sobre una sustancia gelatinosa que el lobo recién había vomitado junto con sus intestinos. Desde ese instante todos los esfuerzos que hizo para incorporarse fueron inútiles.

Y ahí quedó revolcando su impotencia. Y enredándose en los intestinos del lobo.

Al día siguiente los indios de Wujuyasima encontraron a Cowilij ahogado. Estaba cerca de la costa, aprisionado entre los huiros; los albatros le habían arrancado los ojos.

En la playa, a pocos metros del cadáver de Cowilij, Mayachka, tendida de espaldas sobre la arena, dormitaba sonriendo. Tenía entre sus manos un pequeño pez Syuna y sus pechos agudos apuntaban a los cuervos, que pasaban como flechas negras en dirección a Lapa-Yuska.

EL PEQUEÑO LATSCHICH

En una de las últimas páginas de "Mito y Realidad" se habla del mito del pequeño, con el nombre de Latschich.

Se recuerda que los pequeños eran creados cuando los dioses querían que el mundo se fuera haciendo. Latschich es el primero de los pequeños, el primero como un hombre normal, y al parecer, en la mitología era más un niño.

Los dioses eran todos Latschich, desde el primer día que se creó el mundo, y cuando los dioses se fueron haciendo.

Algunos de los dioses se fueron haciendo y al parecer a los dioses que se fueron haciendo se les llamó Latschich, como se ve en la mitología de los griegos y los romanos. Pero en algunas de las mitologías de los pueblos y culturas, como en la de los aztecas, los dioses eran creados como niños, como el niño Latschich, y cuando los dioses se fueron haciendo, se les llamó Latschich, como se ve en la mitología de los aztecas. En la mitología de los aztecas, Latschich era el primero de los dioses, el primero como un hombre normal, y cuando los dioses se fueron haciendo, se les llamó Latschich, como se ve en la mitología de los aztecas.

En la mitología de los aztecas, Latschich era el primero de los dioses, el primero como un hombre normal, y cuando los dioses se fueron haciendo, se les llamó Latschich, como se ve en la mitología de los aztecas.

En una de las tribus yaganas de Wulaia había un indio muy pequeño, casi enano, llamado Látschich.

Es corriente que las personas poco crecidas adopten extraños modales para disimular su baja estatura. Látschich no padecía de ese complejo; él actuaba como un hombre normal, y al parecer no le preocupaba ser como era.

No obstante este defecto, Látschich estaba físicamente muy bien conformado y además sus facciones eran bastante agradables.

Gracias a su excelente humor, y en especial a su inteligencia, el pequeño Látschich logró el respeto y la consideración de los componentes del grupo al cual pertenecía. Todos reconocían que los arcos más potentes y certeros, que las puntas de los arpones más perfectas salían de sus manos prodigiosas. Sus admiradores más fervientes aseguraban que él poseía un arma misteriosa, capaz de degollar a una foca de un solo golpe. Arma que también le servía para pulimentar los arcos y las flechas y para cortar el pescuezo de los cormoranes (1) que cazaba. En cuanto a la existencia de esa arma misteriosa, nadie lo ponía en duda, ya que él jamás empleaba las conchas de los mejillones, utilizadas por todos en esas faenas.

La verdad era que Látschich, además de diligente, era previsor y de una actividad extraordinaria. El no estaba jamás ocioso, aunque tuviese alimentos de sobra no se quedaba en

(1) Mergo.

cucullas al lado del fogón, como lo hacían casi todos los yaganes.

Debido a su constancia, disponía de dos canoas muy bien construídas, de numerosas pieles de foca para cubrir su cabina y de los utensilios necesarios para la pesca. En cuanto a sus armas, no había quien lo superara, poseía un gran número de ellas y de muy buena calidad.

Cuando Látschich era muy joven aún se casó con la india Kamanakau-kipa, quien era por lo menos tres veces mayor que él. A pesar de la diferencia de edad, Látschich fue bastante feliz con ella. Kamanakau-kipa (1) era una buena compañera, muy trabajadora y quería a Látschich como a un verdadero hijo. Sin embargo, él tuvo que buscar a otra mujer. Ella no le daba hijos, y eso, además de autorizarlo para casarse por segunda vez, era mal mirado entre los yaganes.

Debido a estas razones, Látschich se casó de nuevo con una mujer muy joven que vivía al norte de Wulaia.

Kamanakau-kipa aceptó a la nueva mujer de su marido como algo inevitable y sin resquemores. No es de extrañarse, entonces, que a los pocos días, entablara con ella una verdadera amistad. Incluso le dio instrucciones muy útiles en relación al carácter de su marido y a las cosas que a él le agradaban.

Como el tiempo transcurría y la joven no daba señales de ser madre, el pequeño Látschich, aburrido de contar las lunas, habló del asunto a Kamanakau-kipa. Esta, después de darle una serie de lecciones prácticas sobre el arte genitivo, le aconsejó que las repitiera con su nueva esposa y que después de eso iniciara el recuento de lunas. Látschich cumplió al pie de la letra las recomendaciones de la vieja Kamanakau. Sin embargo, nuevamente se aburrió de contar lunas y su mujer, en vez de engordar, cada día se le aproximaba más el ombligo al espinazo.

Cuando mayor era su preocupación por este problema, la vieja Kamanakau-kipa le dijo:

—La gente reír mucho de vos porque ahora tampoco tener hijo.

(1) Kipa = Mujer.

Aunque él fingió no dar importancia a esas habladurías, la noticia lo afectó de tal manera, que a los pocos días ya no era el mismo Látschich de antes. Se puso huraño, mal genio, perdió casi totalmente el apetito y se dio a la flojera. El día entero se lo pasaba al lado del fogón, pensativo, ensimismado.

Kamanakau-kipa, al verlo en ese estado, se puso a llorar amargamente. Era tan lastimero su llanto, que la nueva esposa de Látschich también comenzó a llorar. Al rato, la vieja, entre lloriqueo y lloriqueo, le dijo:

—Tenemos la obligación de reanimar a este hombre, si no hacemos luego algo por él, se morirá.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó la joven.

—Lo intentaremos todo, lo importante es salvarlo —respondió Kamanakau-kipa, limpiándose las lágrimas y con voz ya más segura. Luego, en tono malicioso agregó:

—Tú eres muy joven aún, ignoras el arte del comportamiento de la mujer para con el hombre. Necesitas aprender lo que las viejas sabemos... por viejas. Y si quieres reanimar a tu marido tienes que escuchar mis consejos y tratar de hacer lo que yo te indique.

—Prometo escuchar tus consejos y hacer lo que creas más conveniente —respondió la joven.

—Tu respuesta me consuela mucho, hija. Veo que todavía quieres a tu marido, y estoy segura que harás todo lo posible para que él se mejore. Como esto no es un decir, sino un convencimiento de que así procederás, yo haré por ti lo que jamás habría hecho por ninguna otra mujer. Te entregaré mis "secretos de hembra"; lo que he aprendido con la experiencia de casi toda una vida lo sabrás tú en pocos días.

Sellado así el pacto, Kamanakau-kipa inició sus instrucciones de inmediato y continuó ininterrumpidamente con ellas hasta agotar sus conocimientos.

Aunque la joven esposa encontró que algunas de esas prácticas eran muy difíciles y demasiado impúdicas otras, todas las ensayó con su marido. Pero el resultado fue totalmente negativo; los secretos de Kamanakau-kipa no tuvieron la virtud de reanimar al desdichado Látschich. Sin embargo, la vieja, en vez de avergonzarse por el fracaso, se indignó, y en

la primera oportunidad que tuvo, llena de ira increpó a la joven:

—¡Eres una zonza! Una mujer torpe y fría. Yo no sé para qué te casaste. Látschich merecía otra mujer; otra que fuera más hembra. Pero, yo se la buscaré. ¡Te lo prometo que se la buscaré!

Una semana después de su amenaza, Kamanakau-kipa preparó un paquete con cueros de foca, se dirigió a la playa y partió de Wulaia en su canoa.

Transcurrió el tiempo; en el tolderío yagan, fuera de la mujer de Látschich, nadie más se preocupó de la ausencia de Kamanakau-kipa.

El pequeño Látschich no daba señales de mejoría; continuaba silencioso, ensimismado, inactivo. Por otra parte, como su mujer andaba alzada, ya no tenía interés ninguno en reanimarlo. Ella no hacía otra cosa que rondar la choza del Yécamusch (1) de la tribu con quien, al parecer, deseaba practicar las lecciones que le diera la vieja Kamanakau-kipa.

Por esta causa, cuando volvió Kamanakau-kipa, Látschich estaba solo, tal como ella lo había dejado. En cuclillas al lado del fogón, con la vista extraviada, pensando y pensando.

Sin embargo, la reconoció y con voz bastante firme le dijo:

—Hace muchos días que no te veo, ¿dónde fuiste?

—Al norte; fui a buscar a ésa. —Le contestó Kamanakau-kipa, mostrándole a una niña que se había quedado a la entrada de la cabaña.

—¿Quién es?

—¿No la reconoces? Es Yaelengu, la hermana menor de tu mujer. La traje para tí.

—¿La robaste? —preguntó temeroso Látschich.

—No tenía por qué robarla; se la pedí a tus suegros; ellos sabían muy bien que si la otra no te daba hijos, Yaelengu te pertenecía. Quedaron muy contentos; les llevé unos cueros de foca.

Mientras ellos hablaban, Yaelengu se había acercado al fogón, no porque tuviese frío, sino para observar mejor a

(1) Hechicero.

ese hombre que parecía un niño. Látschich, por su parte, desde que ella se acercó al fuego, ya no se preocupó más de lo que Kamanakau-kipa le decía. Yaelengu era su preocupación ahora:

El calor evaporaba la humedad del cuerpo desnudo de Yaelengu. El vaho dejaba entrever su piel de color amarillo claro y entre su abundante cabellera asomaban, de vez en cuando, como dos corales diminutos, los botones de sus pechos apenas levantados.

Kamanakau-kipa, sin darse cuenta de lo que acontecía, hablaba y hablaba. De pronto se puso a reír como una tonta. Reía de alegría, reía porque Látschich era ahora el mismo de antes. Lo había sorprendido mirando a Yaelengu como la miró a ella cuando recién la conoció. Y eso era señal inequívoca de que él se había reanimado.

—Por ahora los dejaré solos —se dijo. Y mientras salía de la choza pensó:

Yaelengu sí que es una mujer. Siendo apenas una chica, es mucho más hembra que la zonza de su hermana. Si se porta bien esta noche Kamanakau-kipa la protegerá y le enseñará todo lo que sabe de los hombres. Esta vieja hará de Yaelengu la más sabia de las mujeres en el “arte de reanimar a los hombres”.

Muchas otras cosas buenas para Yaelengu pensó esa noche Kamanakau-kipa...

Parece que la chica Yaelengu, aunque no había recibido aún ninguna lección, se desempeñó muy bien esa noche. La cara de felicidad que tenía Látschich a la mañana siguiente así lo demostraba.

Y fue así como el pequeño Látschich llegó a tener tres mujeres.

En cuanto a la virtud de Yaelengu para reanimarlo, la historia no dejó antecedentes. Pero es el caso que desde que ella llegó a su lado Látschich volvió a ser el mismo de antes, alegre, previsor y de una actividad extraordinaria.

Algunos días después de la llegada de Yaelengu, Látschich dijo a Kamanakau-kipa:

—Mañana iremos a cazar focas, hace falta carne.

La india se limitó a contestar:

—Hace mucha falta. Luego, salió de la choza y se dirigió a la playa con la intención de arreglar algunos desperfectos en su canoa.

Apenas comenzó su trabajo vio que se acercaba a Wulaia un grupo numeroso de canoas. Ella comprendió al instante de lo que se trataba, y dominada por el terror abandonó su embarcación y corrió al tolderío. Pero, apenas había andado unos cuantos metros, tropezó y cayó al suelo; fue tan brusco el golpe que perdió el conocimiento.

Debido al accidente de Kamanakau-kipa el reducto de Wulaia fue cogido de sorpresa. Solamente al escuchar los trémulos alaridos de venganza de sus enemigos, ellos se dieron cuenta de que eran atacados. Sin embargo, alcanzaron a tomar sus armas y aunque mal organizados salieron a enfrentarlos. Cuando llegaron a la playa los atacantes ya habían desembarcado y lanzaban una lluvia de piedras contra la pobre Kamanakau-kipa, a la vez que le gritaban:

—¡Ladrona! Ladrona!

Cuando un anciano, armado de un garrote, se adelantaba con intenciones de golpear a la india, Látschich le salió al encuentro, diciéndole:

—Tú no debes castigar a mi mujer; ella nada te ha hecho.

—La castigaré por ladrona; ella me robó a Yaelengu.

—Kamanakau-kipa no robó a Yaelengu; yo la mandé a buscar. Sabes muy bien que me pertenece. Me pertenece porque desde que me casé con tu hija mayor han pasado muchas lunas y ella no ha tenido hijo.

—Sé que no los ha tenido y que Yaelengu te pertenece, pero no tienes derecho a robármela. Además, debías pagarme algo por ella.

—Dame una de tus canoas, Yaelengu vale mucho más, Látschich.

—¡Llévatela!, y no quiero verte nunca más por aquí —le gritó, indignado, Látschich. El viejo, luego de explicar a sus compañeros que recibiría una indemnización por su hija y que daba por terminado el incidente, se volvió con ellos a la playa. Ahí, Látschich le entregó una de sus canoas, cum-

pliendo así con el pago de Yaelengu. Y en cuanto ellos se fueron, volvió al lado de Kamanakau-kipa, que aún permanecía en el suelo. La vieja lloriqueaba como un niño; tenía la cara cubierta de sangre y el cuerpo lleno de moretones. Al darse cuenta que Látschich y Yaelengu trataban de auxiliarla, esforzándose por sonreír, dijo:

—Son malos esos paiakoalas, (1) pero no se llevaron a Yaelengu. Luego, volvió a desmayarse. Se acercaron entonces a ella otras mujeres y entre todas la trasladaron a su cabaña. Ahí con el calor del fuego y las friegas que le hiciera una de las indias, comenzó a reponerse.

Al día siguiente Kamanakau-kipa se levantó de madrugada. Látschich despertó con sus trajines. Soñoliento aún, le preguntó:

—¿Qué haces en pie tan temprano?

—¿No dijiste ayer que saldríamos de caza?

—Sí, pero tú estás enferma.

—No estoy enferma; me siento bien, igual que cuando era joven. Látschich, aceptando lo que la vieja decía, se levantó.

Mientras él preparaba los útiles de pesca, Yaelengu y su hermana mayor encendieron el fuego.

Hechos los preparativos indispensables, y provistos de los útiles que emplearían en la caza salieron de la cabaña.

Afuera soplaba una débil brisa que venía de los acantilados del canal Murray. Wulaia permanecía silenciosa, quieta, nada se movía allí, todo parecía envuelto en una mortaja abismal. Una inmensa soledad había caído sobre el archipiélago fueguino. Soledad cuyos tentáculos plomizos se extendían más allá del mar, más allá del cielo y más allá del horizonte. Pero apenas los rayos del sol alumbraron el follaje de las hayas antárticas, el chillido de las gaviotas y el graznido de los albatros inundaron como un torrente a esa inmensa profundidad silenciosa. Y en ese mismo instante Kamanakau-kipa se zambullía entre los huiros, tratando de soltar las amarras de su canoa. Látschich, se había quedado esperando en la playa acompañado de sus dos mujeres.

(1) Gente de las Playas.

Kamanakau-kipa no tardó en llegar con la canoa; sin moverse de la popa donde venía sentada, esperó que Yaelengu y su hermana mayor subieran los útiles de pesca.

Y mientras ellas acomodaban en el centro de la embarcación la leña para el fuego, la vieja bajó a buscar a Látschich. Lo tomó en brazos, como si se tratara de un niño, y con él a cuestas regresó. Cuando el agua le llegaba más arriba de la cintura se detuvo bruscamente; un objeto semejante a un bote grande volcado había despertado su curiosidad. Y a medida que ese objeto se hacía más nítido su semblante adquiría mayor vivacidad. De pronto, dominada por un entusiasmo febril, levantó las manos en alto y gritó llena de júbilo:

—¡Walpisa! (1)

Látschich, que se había confiado en sus brazos, dando vueltas sobre la barriga de Kamanakau-kipa, cayó al agua como un feto. Desapareció por algunos segundos, pero luego, pataleando, volvió a la superficie. La india, sin perder de vista a la ballena, enlazándolo de la cintura, lo suspendió. Y ahí se quedó observando, observando, mientras Látschich, tiritando de frío, estilaba.

—Sí, es Walpisa; ahora estoy segura —monologó, al tiempo que dejaba a Látschich dentro de la canoa. Ella se embarcó en seguida, y, luego de las maniobras de rigor, remó con agilidad sorprendente en dirección a la ballena.

—Eso no es Walpisa —reclamó Látschich, dirigiéndose a la vieja.

—¿Qué es, entonces? —le preguntó esta.

—Es una foca; ¿no la ves?

—No la veo muy bien todavía, pero parece demasiado grande, no puede ser una foca.

—Que sea grande no tiene nada que ver.

—Bueno, que sea foca, pero es Walpisa, —respondió la india acelerando la marcha.

Cuando el oleaje que producía el cetáceo comenzó a entorpecer la marcha de la canoa, Kamanakau-kipa suspendió la boga y se paró para observarlo.

(1) Ballena.

—Realmente tenías razón, Látschich. Es una foca de cabeza redonda. (1) ¿Por qué te diste cuenta que no era Walpisa?

—Porque ellas no nadan así; nunca andan tan encima del agua. Bueno, ¿y qué esperas? Acércate más; desde aquí no alcanzo a arponearla.

—No me acerco porque ese animal es demasiado grande para nosotros, y aunque tú lo mates le pertenecerá a todos los del reducto.

—Eso lo sé; siempre se ha hecho lo mismo.

—Y si lo sabes, ¿cómo quieres entonces atacarlo, sin que ellos hayan llegado? Si tuvieras la seguridad de matarlo, estaría bien. Pero, como esa seguridad no existe, no tienes derecho a exponer que se pierda lo que le corresponde a todos.

—Tienes razón, Kamanakau-kipa; además ellos ya vienen en camino.

Momentos después comenzaron a llegar las embarcaciones, y sin que nadie los guiara formaron un semicírculo alrededor del cetáceo.

La canoa de Kamanakau-kipa, fue la primera que se acercó a la foca, y Látschich el primero en clavarle su arpón en el lomo. Y casi al mismo tiempo otros diez arpones se incrustaron en el cuerpo del cetáceo. Después de este primer ataque los yaganes esperaron para ver el efecto que sus armas habían hecho.

—La Walpisa no sangra.

—Parece que esa Walpisa anduviera congelada.

—Así debe ser.

—¿Qué le pasará que abre la boca a cada rato? —comentaban.

—Debe andar con sueño, —les contestó Látschich en tono burlón, aburrido de escuchar opiniones sin asunto. Y en seguida agregó en son de reproche:

—¿No se dan cuenta que son nuestras armas las inútiles? Además, no es una Walpisa; es una foca.

Como todos lo quedaron mirando extrañados y varios a un tiempo repitieron:

(1) Gran delfín (*Globicephala mela*).

—¡Es Walpisa!, él respondió:

—Bueno, que sea Walpisa; eso no tiene mayor importancia. Lo único que nos interesa ahora es matarla. Y acto seguido ordenó a Kamanakau-kipa:

—A ver mujer, alcanza a esa Walpisa, tenemos que arponearla otra vez.

Y volvieron al ataque. Una nueva lluvia de arpones cayó sobre el lomo de la ballena. Pero ésta continuó nadando y repitiendo sus bostezos como que nada hubiese pasado.

Los yaganes después de agotar sus arpones regresaron a Wulaia decepcionados. En la playa estaba el Yécamusch, rodeado de algunos ancianos comentando el fracaso de los cazadores. Cuando éstos desembarcaron, él se acercó al grupo y les dijo:

—A esa no la podrán reducir con sus armas; hay que matarla por dentro. Ella misma se los está diciendo. ¿No han visto cómo abre la boca?

Ante la sabia observación del hechicero los cazadores se quedaron como sobrecogidos. Se miraban unos a otros, avergonzados de su falta de ocurrencia.

—¿Quieres decir que debemos lanzar los arpones adentro de la boca de la Walpisa? —preguntó Látschich.

—No; alguien debe entrar en ella y despedazar sus entrañas, de otra manera no morirá.

La proposición del hechicero era clara; además, irrefutable; faltaba saber solamente quién sería capaz de realizarla.

Hubo un prolongado silencio, los cazadores estaban de pie con la vista clavada en el suelo, esperando que de un momento a otro, alguien se decidiera. Y mientras ellos permanecían cabizbajos, Látschich, sin decirles una palabra, volvió a su canoa. Y solamente cuando Kamanakau-kipa comenzó a remar, ellos levantaron la cabeza.

—¿Es valiente el chico, no? —les dijo el hechicero.

Sus palabras cayeron como un balde de agua fría en el grupo. Era el efecto que él esperaba; iba a decirles algo más, pero en ese momento se le acercó Yaelengu, que llegaba acompañada de su hermana mayor.

—¿Qué va hacer Látschich ahora? —preguntó Yaelengu.

—Ahora va a matar la ballena —aseguró el hechicero, mirando con atención la maniobra que hacía en ese momento Kamanakau-kipa. Pasaba casi rozando con su canoa la cabeza de la ballena al tiempo que ésta abría desmesuradamente la boca. Látschich, que iba parado en la proa de la embarcación, dando un salto gigantesco se introdujo en la boca del animal.

Kamanakau-kipa lanzó un grito aterrador. Ella no tenía idea de cuáles eran las intenciones de su marido. Si hubiese sabido que iba hacer eso, no se lo habría permitido y tampoco lo habría acompañado. Al ver que la ballena se tragaba a Látschich, dominada por el terror y la desesperación, se lanzó al agua dispuesta a enfrentarla. Pero en ese mismo instante el animal lanzando un bufido iracundo, se sumergió en las profundidades del océano.

Kamanakau-kipa completamente desconsolada regresó a su canoa. Y ahí se quedó lloriqueando y escudriñando el horizonte con la esperanza de verla reaparecer.

Poco tuvo que esperar, pues la ballena volvió muy luego a la superficie. Avanzaba ahora lentamente hacia el sur. Kamanakau-Kipa, la siguió. Ella estaba dispuesta a no perderla de vista y a arponearla en cuanto la tuviera a su alcance. Aunque disponía de un solo arpón, estaba completamente segura que si conseguía clavárselo en la cabeza, la ballena moriría. Con esta idea fija en su mente remaba y remaba sin descanso, hasta que por fin le dio alcance.

La india, a pesar de su desesperación, tuvo el tino suficiente para obrar con cautela y tomar las precauciones necesarias para no ahuyentarla. Hasta ahí todo iba bien, pero apenas ella levantó el arpón, la ballena, abriendo la boca desmesuradamente, se sumergió.

—¡Maldita! ¡Maldita! —gritó rabiosa la india.

De nuevo volvió la ballena a la superficie. Kamanakau-kipa reinició la persecución con más ímpetu y mayor cautela. Actuó esta vez con tan buen tino que logró situarse casi al lado de la cabeza del animal. Ahora no se le escaparía;

no tendría tiempo ni para bostezar. Sigilosamente dejó el remo y tomó el arpón, apoyó el cuerpo en la punta de los pies y cuando se irguió para lanzar el arma la ballena, dando un feroz coletazo, desapareció en las profundidades del mar. La marejada que produjo esta inesperada reacción del animal, levantó casi en el aire la frágil embarcación. La india perdió el equilibrio y cayó, golpeándose contra las tablas de su canoa. Enredada en el cordel del arpón y embadurnándose en sus propias groserías trató de pararse. Debido a su gordura y a la estrechez de la embarcación, sólo después de varias tentativas logró incorporarse. Miró hacia el sur y allá, muy lejos, estaba la ballena, inmóvil, con su enorme cabeza levantada. De pronto, como si tratara de burlarse de ella, abrió la boca desmesuradamente y levantó la cola.

—¡Perra maldita! —gritó la india fuera de sí. Luego, enfurecida empuñó el remo y reinició la persecución. Sin descanso, sin tregua, bogaba y bogaba. Su canoa corría a una velocidad sorprendente sobre el encabritado oleaje del océano. Sin embargo, transcurría el tiempo y la ballena siempre permanecía allá, muy lejos.

Cuando llegó la noche, Kamanakau-kipa semirecostada en la popa de su embarcación dormía profundamente. Ni el frío de la noche ni la llovizna que más tarde comenzó a caer lograron despertarla. Tampoco despertó con el viento huracanado que pasaba a restregar en ella su cuerpo de agua y nieve. Pero la canoa, a pesar de la llovizna, a pesar del viento y del mar encabritado, continuó navegando hacia el sur, hacia el Cabo de Hornos. Nada podían hacer esos míseros elementos contra la dura corteza del ataúd de Kamanakau-kipa.

* * *

El pequeño Látschich, apenas estuvo dentro del vientre de la ballena, valiéndose de su cuchillo empezó a despedazarla.

Después de cortar varias vísceras, descubrió el corazón, y ese descubrimiento era su triunfo. El sabía que haciendo un pequeño tajo en ese órgano vital, el cetáceo moriría. Pero, sa-

bía también, por el ruido del oleaje, que se encontraba en alta mar. Y que ahí no debía matarla, ya que la muerte de ella significaría también su muerte.

Lo conveniente para él era esperar hasta que la ballena se acercara de nuevo a la costa. Esto tenía que suceder, puesto que las heridas que él le había hecho comenzaban a debilitarla.

Como nada más tenía que hacer ahí, se sentó a descansar. Poco a poco lo fue cogiendo el sueño, hasta vencerlo. Pero fue un sueño muy extraño el que se apoderó del pequeño Látschich. Fue más bien un letargo, del cual despertó sólo después de varios días. Cuando estaba desperezándose sintió un ruido que llamó su atención. Para escuchar mejor, apegó el oído a uno de los costados de la ballena.

Al rato, logró percibir con toda nitidez, el cuá cuá de los patos silvestres. Comprendió de inmediato que era el momento de dar muerte a la ballena, pues, la presencia de esos patos le indicaba que la costa debía estar muy cerca. Y sin más consideraciones, empuñó fuertemente su cuchillo y dando un salto atravesó con él, el corazón del cetáceo. Este se encontraba tan exhausto que apenas se contrajo, sin embargo la sangre saltó a torrentes. Más tarde cuando la sangre se estancó, el pobre Látschich semiasfixiado pataleaba desesperado entre un pantano rojo, espeso y caliente. Pero él no se había equivocado; realmente se encontraba cerca de la costa. Así lo comprobó al escuchar el ruido de las embarcaciones. Pero lo que él no sabía era si la ballena había regresado o no a Wulaia. Coincidencia que no le preocupaba mayormente, ya que su único interés era salir de ese maldito encierro. De ahí que experimentara una alegría infinita, al sentir el ruido de las canoas. Y sin poder contenerse, comenzó a gritar.

—¡Makus!, ¡máakúuus!, ¡máaakuuus! (1)

Pero sus hermanos no lo oían. Indiferentes seguían en sus trajines. Cansado de gritar, golpeó con los puños las paredes de la ballena. Sus golpes retumbaban sobre esa gruesa capa

(1) ¡Hermanos!

grasosa sin ningún resultado positivo. Dominado por la desesperación, aceleró los golpes y gritó como un enloquecido. Y continuó gritando hasta desfallecer. Y ahí se quedó, empantanado en la sangre.

* * *

Los yaganes, reconociendo a la ballena, comentaron:

—¡Pobre Látschich!

—Era un valiente. ¡El más valiente de todos!

Pero a nadie se le ocurrió pensar que él aún podía estar vivo dentro de ella.

Después de ese breve comentario, continuaron su trabajo. Ellos se habían propuesto vararla, y en esa operación estuvieron ocupados toda la tarde. Sólo al anochecer lograron su objetivo, regresando enseguida al tolderío.

Las mujeres y los niños se quedaron en sus chozas, mientras los hombres se dirigían a la "Gran Cabaña" (1), pues el día anterior, habían iniciado las fiestas "Kinas". (2)

A medianoche, para probar el coraje de dos aspirantes de las fiestas "Kinas", les ordenaron que fueran a buscar carne de ballena. Los jóvenes, después de cruzar bosques y pantanos entorpecidos por la obscuridad de la noche, llegaron a la playa. De inmediato comenzaron su labor. Uno de ellos, queriendo sacar un buen trozo de carne, enterró profundamente su cuchillo. Al moverlo para cortar, sintió que alguien le decía:

—¡No me claves!

Aunque estaba seguro que esa voz había salido de adentro de la ballena quiso confirmar si era realmente así, y dirigiéndose a su compañero, le dijo:

—Clava profundo al lado de las costillas; esa carne es más blanda y salen trozos grandes.

Su compañero obedeció. Al enterrar el cuchillo, alguien que había en el interior de la ballena, lanzó un gemido. Luego gritó:

(1) Cabaña de gran tamaño donde se celebran las fiestas "Kinas".

(2) Ceremonia de iniciación a la pubertad.

—¡No me claves!

Como los jóvenes nada sabían de la ballena que no había querido morir, ni de la hazaña del pequeño Látschich, hubieron aterrorizados.

Cuando llegaron a la "Gran Cabaña", sin decir una palabra de lo que les había sucedido, entregaron la carne que llevaban al jefe de ceremonias. Hecho esto, ocuparon los puestos que con anterioridad se les había asignado.

Si los jóvenes nada dijeron de lo que les había pasado, fue para evitar que los tildaran de cobardes. Pero al iniciarse el reparto de la carne que ellos mismos habían asado, contaron el percance. Aunque lo hicieron demostrando una gran serenidad, el jefe de ceremonias reprochó:

—¡A todos los cobardes les suceden cosas parecidas!

Sin embargo, tanto él como los otros hombres que estaban ahí comprendieron inmediatamente de lo que se trataba. Por esta causa, al día siguiente, apenas aclaró, se dirigieron a la playa. Una vez ahí, acordado el procedimiento de trabajo y tomando toda clase de precauciones, comenzaron a abrir un gran boquete en el vientre de la ballena.

Después de una prolongada búsqueda encontraron a Látschich revuelto entre las vísceras. Estaba desfallecido y tenía el cuerpo cubierto de sangre. Los terribles sufrimientos que tuvo que soportar lo habían reducido a un verdadero esqueleto. Y fuera de tener la piel arrugada y descolorida, estaba completamente calvo. Los indios al verlo tan desgañado, decidieron llevarlo a la "Gran Cabaña", y mantenerlo oculto ahí hasta que se repusiera.

Mientras duraron las fiestas "Kinas", Látschich recibió de sus compañeros afecto y una esmerada atención. Incluso se preocuparon de su calvicie, la que hicieron desaparecer a fuerza de masajes y aplicaciones de pomadas, hechas con ceniza y grasa de ballena.

Terminadas las fiestas, Látschich volvió a su cabaña. En ella encontró solamente a Yaelengu. La india, que en ese momento amamantaba a su hijo recién nacido, experimentó una alegría indescriptible al ver a su marido. Látschich res-

pondió a esa alegría, acariciando la cabellera de Yaelengu y mirando con infinita ternura a su primer hijo.

Como transcurría el tiempo y no veía a nadie más en la cabaña, preguntó a su mujer:

—¿Dónde están tu hermana y la vieja Kamanakau-kipa?

—A mi hermana se la llevó el Yécamusch de Ushuaia.

—¡Perra! —exclamó Látschich, preguntando enseguida: ¿Y Kamanakau-kipa?

Ella se fue en su canoa llorando detrás de la ballena, cuando esa maldita te comió. Los hombres creen que el mar se la ha tragado.

Látschich entristeció, y cuando las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, se acercó a Yaelengu. Y mientras acariciaba a su hijo se puso a contemplar los cueros de foca sobre los cuales dormía la vieja Kamanakau-kipa.

LA CABEZA DE KAWAYUL

El presente artículo se fundamenta en el estudio de la cabeza de Kawayul, un grupo de escultores que han desarrollado un lenguaje plástico propio y original, basado en la tradición de la escultura maya y en la influencia de la escultura occidental.

El estudio de la cabeza de Kawayul comienza a partir de la observación de las obras de arte que se encuentran en el Museo de Antropología e Historia de Guatemala, y en la visita al taller de los escultores en el pueblo de Kawayul, en el departamento de Guatemala. El estudio de la cabeza de Kawayul se fundamenta en la observación de las obras de arte que se encuentran en el Museo de Antropología e Historia de Guatemala, y en la visita al taller de los escultores en el pueblo de Kawayul, en el departamento de Guatemala.

El estudio de la cabeza de Kawayul se fundamenta en la observación de las obras de arte que se encuentran en el Museo de Antropología e Historia de Guatemala, y en la visita al taller de los escultores en el pueblo de Kawayul, en el departamento de Guatemala. El estudio de la cabeza de Kawayul se fundamenta en la observación de las obras de arte que se encuentran en el Museo de Antropología e Historia de Guatemala, y en la visita al taller de los escultores en el pueblo de Kawayul, en el departamento de Guatemala.

El estudio de la cabeza de Kawayul se fundamenta en la observación de las obras de arte que se encuentran en el Museo de Antropología e Historia de Guatemala, y en la visita al taller de los escultores en el pueblo de Kawayul, en el departamento de Guatemala.

El estudio de la cabeza de Kawayul se fundamenta en la observación de las obras de arte que se encuentran en el Museo de Antropología e Historia de Guatemala, y en la visita al taller de los escultores en el pueblo de Kawayul, en el departamento de Guatemala.

Inesperadamente se descargó una fuerte borrasca de nieve y viento sobre el canal Onachaga, (1) Los yaganes que navegaban en dirección a la isla Hakenyeshka, se vieron obligados a refugiarse en la caleta llamada por ellos, Lapa-yuska (2).

Después de tres días la borrasca comenzó a disminuir, pero fue precedida por una llovizna espesa y persistente. Llovizna cansadora y monótona que no tenía para cuando terminar. Los yaganes se sentían intranquilos, la falta de víveres y la inactividad los ponía de un humor insoportable. Varias veces intentaron abandonar la caleta, pero cuando las mujeres les mostraban las aguas encrespadas del canal Onachaga, se arrepentían profiriendo toda clase de maldiciones.

Por fin, el tiempo amainó, y de inmediato iniciaron los preparativos para continuar su viaje. Mientras los hombres se ocupaban de desarmar las chozas, las mujeres se zambullían junto a la mancha de huiros donde habían dejado ancladas sus canoas. A medida que lograban desamarrarlas, se dirigían a la playa; ahí como dueñas de las canoas y amas en el mar, distribuían la carga y designaban el lugar que cada uno ocuparía durante el viaje.

Cuchinjiz-kipa, (3) fue la primera en abandonar Lapa-yuska. De todas las indias, era la más diestra en el manejo

(1) Canal Beagle.

(2) Lapa-yuska o Lapa-yusa. Isla Navarino.

(3) Kipa = mujer.

del remo; de ahí que su canoa fuera siempre adelante de las otras seis que componían el grupo. Sin embargo, sus compañeras no la dejaban distanciarse demasiado, ya que ellas también eran diestras en el arte de la boga. A pesar de la espesa neblina que las envolvía, las embarcaciones corrían sin interrupción sobre las aguas un tanto agitadas por la ventisca.

Cuando los yaganes enfrentaban la isla Yekapasela, el horizonte comenzó a despejarse. Y lentamente, como cetáceos gigantescos, fueron surgiendo entre el vaho y la bruma las islas y los acantilados de la costa. Y muy pronto, se perfiló también, como otro cetáceo, la isla Hakenyeshka, a la cual ellos se dirigían.

—Parece que ya no queda ni rescoldo en el fogón —observó Cuchinjiz-kipa, acelerando el ritmo de la boga.

La observación iba para su marido, quien, durante todo el trayecto, había permanecido en cuclillas al lado del fuego. Como ella tenía razón, el indio con una calma desesperante, removió algunos maderos que estaban a medio consumir y agregó otros. Luego ordenó a sus hijos que se ocuparan de hacer arder los leños. Mientras él, conservando su indiferencia bovina, se puso a masticar el último trozo de carne que les quedaba.

De pronto, abriendo desmesuradamente los ojos gritó a su mujer:

—¡A la costa!

Ella no le hizo caso y continuó en dirección a la isla Hakenyeshka. Pero cuando Cuchinjiz, indignado, repitió la orden, la mujer obedeció como una autómatas, cambiando bruscamente de rumbo. La embarcación giró en cuarenta grados hacia el norte y tomando una velocidad sorprendente se dirigió a Lanushwaia (1). Las canoas que venían detrás efectuaron el mismo viraje. En tales casos los yaganes no se preocupan de averiguar la razón del cambio de rumbo; suponen de inmediato que ha tenido que suceder algo inesperado.

Al comprobar que Cuchinjiz-kipa hacía esfuerzos desespe-

(1) Lanushwaia, caleta próxima a Cambaceres.

rados para dar a su canoa mayor velocidad, sus compañeras comprendieron que el viraje obedecía a una razón muy poderosa. A poco andar su curiosidad fue satisfecha. Cerca de la costa sobrevolaba en círculo una bandada de albatros. Apenas los divisaron, se pusieron a gritar con gran entusiasmo:

—¡Dáschaluch! ¡Dáschaluch! ¡Dáschaluch! (1)

Ellas sabían que cuando los Dáschaluch volaban describiendo un círculo, era porque habían descubierto una foca o una ballena. De ahí su entusiasmo.

Aunque Cuchinjiz-kipa se les había adelantado bastante, ellas alcanzaron a oír la voz de la india cuando les anunció que se trataba de una ballena. Tres veces repitió la noticia, gritando:

—¡Wapíisáaa! ¡Wapíisáaa! ¡Wapíisáaa! (2).

Cuchinjiz-kipa no tardó en llegar al lado del cetáceo. Era un enorme ejemplar que había varado sin causa aparente. Aunque todavía el cetáceo hacía esfuerzos desesperados por reflotar, los albatros, sin esperar su deceso, picoteaban despiadadamente su espinazo lustroso.

El indio Cuchinjiz fue el primero en arponearla. El arma lanzada de unos doces metros, más o menos, penetró hasta perderse en el cuerpo del gigantesco animal. Un potente coletazo, que hizo zozobrar la canoa de Cuchinjiz-kipa, fue la respuesta de la ballena. La embarcación no alcanzó a hundirse, pero ese contratiempo se transformó en una verdadera tragedia para los tripulantes, que, fuera de Cuchinjiz-kipa, no sabían nadar. Su marido y los dos yaganes que iban en la embarcación se mostraban verdaderamente aterrorizados. Sin embargo, ella comenzó el salvamento llevando primero a la playa a sus hijos. Volvió en seguida por su marido, quien, apenas la tuvo a mano, se aferró a su pescuezo. Y mientras la india nadaba, llevándolo sobre sus espaldas, él, temeroso aún, la entorpecía. Antes que Cuchinjiz-kipa llegara a la playa aparecieron las otras canoas que componían el grupo.

(1) Albatros.

(2) Wapisa = Ballena.

Una de ellas se acercó a socorrer a los dos yaganes, las demás distribuyéronse en semicírculo alrededor del mamífero marino mientras los cazadores preparaban sus armas.

Minutos más tarde, se inició el ataque, sin descanso, sin tregua, hasta que se agotaron los arpones. Después de la refriega la ballena quedó convertida en una verdadera almohadilla cubierta de alfileres cuidadosamente colocados.

No moría aún el cetáceo cuando los indios comenzaron a faenarlo; provistos de piedras y conchas adecuadas para el caso, hombres, mujeres y niños iniciaron la labor. Semejando un grupo de marranitos adheridos al vientre de la madre, los indios golpearon y rasguñaron los costados de ese animal gigantesco, hasta el anochecer.

Las mujeres fueron las primeras en abandonar la faena. Ellas tenían la obligación de armar las chozas y encender el fuego antes que obscureciera.

Como estaban acostumbradas a esos quehaceres, muy pronto el humo de los fogones comenzó a salir por la parte superior de las siete cabañas.

Momentos después llegaron los indios bien aprovisionados de carne. Y mientras afuera comenzaba a aullar un surazo, ellos, sentados al lado del fuego, esperaban pacientemente que la carne se asara.

El cansancio, la abundante comida y el buen fuego, produjeron en los yaganes un sueño profundo y desacostumbrado.

Al día siguiente la única que se levantó temprano fue Cuchinjiz-kipa, y no porque hubiese despertado por sí sola; la habían despertado los insistentes ladridos de los perros.

Soñolienta todavía, salió de su cabaña. Los perros al verla se pusieron más furiosos. Desde el amanecer, ladraban a una profusa bandada de albatros que se había instalado sobre el lomo de la ballena. Estos, indiferentes a sus saltos y ladridos, picotón tras picotón, habían transformado en un arnero el espinazo del animal.

Cuchinjiz-kipa, se acercó a la jauría, cogió uno de los perros que estaba descuidado, y lo lanzó sobre la ballena. El perro cayó como una bolsa en medio de los albatros. Al tratar

de pararse recibió un feroz picotón en la cabeza. Aulló como un miserable quiltro, pero luego se repuso y, enfurecido, comenzó a dar mordiscos a diestra y siniestra. Terminada la lucha, exhibiendo un manojo de plumas que mantenía en el hocico, se paseaba orgulloso sobre el lomo agujereado del cetáceo.

Cuchinjiz-kipa se sonrió al verlo tan orondo y tan raquí-tico. Y sin preocuparse más de él se encaramó a una roca y de ahí contempló detenidamente a ese enorme animal, cuya piel lustrosa relumbraba con la luz del sol. De ese sol que de vez en cuando, solía filtrarse a través de las densas nubes que corrían fugitivas por el cielo. El cuerpo desnudo de Cuchinjiz-kipa, también brillaba entonces. Aunque ella no percibía ese brillo, el indio Yakaif ya se había deleitado repetidas veces con él. Yakaif la espiaba desde que ella había salido de la choza. Y no era la primera vez que el mocetón hacía esto, pues apenas la conoció comenzó a cortejarla. Ella también se sentía atraída por él. De ahí que ambos buscasen con disimulo la ocasión para entenderse.

Yakaif, deslizándose entre los peñascos, se acercó lo más que pudo para contemplarla. Cuchinjiz-kipa era realmente una hermosa hembra. Sobre esa roca, su figura se destacaba majestuosa. Sin otra prenda que un diminuto delantal de cuero de nutria, sujeto por unas correas a su cintura, permanecía inmóvil contemplando desde Lanushwaia el maravilloso paisaje fueguino. Para Yakaif, el paisaje era ella, esa mujer era el matorral mecido por la brisa y desgredado por el vendaval, el oleaje suave y tempestuoso... y el torbellino violento.

Cuchinjiz-kipa, de pie aún sobre la roca, observa ensimismada la inmensa soledad sombría y glacial, mientras las nubes revueltas y oscuras corrían vertiginosas desde el Cabo de Hornos a las Montañas de la Isla Grande.

Y en cuanto esas nubes pasaron se precipitó sobre Lanushwaia una silenciosa llovizna. Sólo en ese instante la india se percató de la presencia de Yakaif. Nerviosa descendió de la roca en que se encontraba y cuando se acercaba a él sonriente, alguien la llamó.

Era su marido que había despertado; entristecida miró a Yakaif y se fue. Este se quedó extasiado contemplando las formas de la hembra. Formas que Cuchinjiz-kipa sabía contonear cuando se sentía observada.

—¿Dónde estuviste? —le preguntó su marido cuando entró a la choza.

—Fuí a espantar a los Dáschaluch.

—¿En eso te demoraste tanto?

—Pero si acabo de salir...

—¡No es verdad! Hace rato que andas afuera; te he notado alzada este último tiempo. Ten mucho cuidado —sentenció el indio Cuchinjiz, mientras ella amurrada se acercaba al fogón.

A mediodía los hombres reiniciaron su labor. Debido a sus instrumentos rudimentarios sólo después de grandes esfuerzos conseguían sacar algunos trozos de carne.

Una tarde, después de tres días de su llegada a Lanushwaia, los yaganes fueron sorprendidos por un grupo de indios háus, Estos aparecieron repentinamente desde uno de los bosques vecinos.

Los háus, que no iban en son de guerra, dejando sus arcos y flechas en un lugar visible, se aproximaron a los yaganes. Como Yakaif era el único que entendía algo del idioma que ellos hablaban, trató de averiguar el objeto de su inesperada visita. Los háus pedían participación de la ballena, argumentando que había varado en sus playas. Aunque eso era efectivo, los yaganes se negaron, manifestándoles, por intermedio de Yakaif, que, por tradición, el derecho sobre una presa le correspondía a quien la encontraba. Sin embargo, luego de una larga discusión, los yaganes considerando la actitud bastante hostil de los visitantes, accedieron, comportándose desde ese instante en forma muy cordial con ellos.

De inmediato los háus comenzaron a faenar y a sacar grasa y carne en abundancia. Ellos disponían de mejores herramientas y además, eran diestros en esa labor.

Al atardecer, los yaganes se quedaron realmente sorprendidos al comprobar que los intrusos tenían más grasa y carne

que ellos, que llevaban tres días trabajando. Esta competencia los enardeció, pero disimularon su disgusto para no alarmarlos. Necesitaban actuar de esa manera antes de decidir la acción que iniciarían en su contra. Con ese objeto, Cuchinjiz, que hacía de jefe, se reunió con ellos esa tarde en un bosque cercano; ahí les explicó el plan que había fraguado en contra de los háus. Aprobado éste, volvieron al reducto tomando toda clase de precauciones para no despertar la sospecha de sus enemigos.

Cuando Cuchinjiz entró a su cabaña, su mujer le comunicó que había llegado al reducto háus el hechicero Kawayul, quien hablaba lengua yagana. Le dijo además que Kawayul los había invitado a una demostración de su magia para esa noche.

Aunque a los yaganes no les agradó mucho la invitación del hechicero, la aceptaron para demostrar que no le tenían miedo.

Se había acordado que el hechicero haría la demostración de su magia en la playa y a la luz de la luna.

Las mujeres yaganas, desde que supieron la llegada de Kawayul andaban atemorizadas; un hechicero era siempre temido entre los indios, con mayor razón si pertenecía a otra tribu. Los hombres, aunque trataban de disimular, también andaban recelosos y deseando que no saliera la luna esa noche. Pero la luna salió, majestuosa, brillante, iluminando como un sol de verano.

Kawayul apareció en la playa envuelto en una hermosa capa de piel de guanaco, cuidadosamente peinado. Se colocó entre los yaganes y los háus, manteniendo una actitud de concentración y de ausencia, típica, característica de los hechiceros. Tanto los yaganes como los háus, estaban atentos a sus más mínimos movimientos. El hechicero se paseaba nervioso entre los dos grupos. Repentinamente se detuvo levantó los brazos en alto, y así permaneció contemplando el firmamento durante un largo rato. A su alrededor nada se movía, el silencio era absoluto, tan absoluto como la inmensa soledad nocturna patagónica. Fue entonces cuando Kawayul comenzó a cantar:

—Hoiyoiyoiyoi... yeiyeiyeiyei!

Suave, más suave que el rumor del follaje salió la voz del hechicero; el sonsonete continuó monótono, siempre muy quedo, apenas perceptible.

A medida que su voz se apagaba Kawayul iba bajando los brazos con una majestuosidad impresionante. Luego juntó las manos y comenzó a frotárselas con mucha suavidad. De pronto apareció entre ellas la punta de una correa, correa que iba alargándose a medida que él aceleraba el movimiento de frotación. Cuando ésta alcanzó un largo prudencial, la dejó en el suelo. Hecho esto abrió lentamente la mano derecha que la tenía empuñada. Lentamente también, fue apareciendo en ella un objeto transparente, muy pequeño. Y a la vista de todos dicho objeto, además de aumentar de tamaño, adquirió la forma de un ratoncito. Aunque era sumamente pequeño, todos vieron cuando de un salto cogió la punta de la correa y comenzó a tragársela, a tragársela, hasta que la hizo desaparecer.

Tras un momento de silencio y expectación, Kawayul tomó al ratoncito y colocándolo de nuevo sobre la palma de su mano reinició su canto monótono:

—Hoiyoiyoiyoi... yeiyeiyeiyei!

Entretanto el animalito que se había recostado en la mano del hechicero, poco a poco fue adquiriendo su transparencia primitiva al mismo tiempo que disminuía de tamaño, hasta que por último desapareció.

De esta manera el hechicero háus había demostrado su poder sobrenatural. Y mientras él repetía su canto monótono, los yaganes, regresaron a sus chozas. Estaban sumamente preocupados y temerosos. Incluso algunos llegaron al extremo de perder hasta el apetito.

Los háus, por su parte, estaban felices con la demostración que había hecho Kawayul, y esa noche comieron a destajo. Luego se durmieron sin temor y sin tomar precauciones de ninguna especie.

Cuchinjiz no durmió en toda la noche, y calculando que estaba por amanecer, salió de su cabaña sigilosamente. Arrastrándose como un reptil, recorrió una por una las cho-

zas de sus compañeros, emitiendo un extraño gruñido que era la señal convenida.

Momentos más tarde veinte yaganes armados de lanzas, avanzaban en puntillas en dirección del tolderio háus. Repentinamente, y a un mismo tiempo, entraron a las cabañas y, antes que ellos alcanzaran a despertarse, los traspasaron con sus lanzas. Todos murieron, menos el hechicero Kawayul. Este no quiso morir: cuatro lanzas le atravesaron el cuerpo, y él permanecía vivo dispuesto a defenderse.

—A ése no lo matarán así —dijo Cuchinjiz a los que lo ultimaban.

—¿Qué hacemos con él, entonces?

—Tienen que cortarle la cabeza, de otra manera no morirá —aseguró Cuchinjiz, pasándole a uno de ellos su cuchillo.

La operación no fue fácil, sólo después de muchos esfuerzos lograron decapitar al desdichado.

El cuerpo de Kawayul, igual que el resto de los cadáveres, fue a dar a una quebrada distante del campamento. Pero su cabeza la arrojaron despreciativamente a un matorral cercano.

Como ya había amanecido, para que sus mujeres no se dieran cuenta de la horrible matanza que habían hecho, aprovechándose de las herramientas de sus víctimas se fueron directamente a faenar la ballena. Se pusieron a trabajar como si nada hubiese pasado, demostrando cada cual una absoluta tranquilidad. Sin embargo, algo inexplicable se había adentrado en ellos, algo que les corroía las vísceras, que los torturaba, produciéndoles una aprensión desesperante.

Cuando aparecieron las mujeres con sus niños, ese monstruo que los angustiaba era ya un gigante que no cabía en ellos. No obstante, continuaron su trabajo aparentando tranquilidad e indiferencia.

Cuchinjiz-kipa, que fue la primera en aparecer, se acercó a su marido y le preguntó:

—¿Ya no van a sacar más carne los háus?

—¡Nóoo! —respondió iracundo Cuchinjiz.

Como ella estaba acostumbrada al mal genio de su marido

no se preocupó por el tono de su respuesta. Y con toda calma volvió a preguntarle:

—¿Por qué ellos no quieren sacar carne ahora?

—¡Porque se fueron! —¿Oíste? ¡Se fueron! —gritó Cuchinjiz, acercándose a la india amenazante. Tenía los ojos desorbitados y la cara roja de odio y de ira. A sus gritos se acercaron los indios, quienes se limitaron a mirarlo; nadie dijo una sola palabra. Fuera de los rezongos de Cuchinjiz-kipa, todo era silencio, todo era recelo. Repentinamente alguien gritó desde el matorral:

—¡Mentiroso! ¡asesino!

Los yaganes comprobaron con horror, que esas recriminaciones salían de la boca del hechicero háus. Más horrorizados quedaron aún al darse cuenta que la cabeza de Kawayul se acercaba a ellos volando, volando a muy baja altura y que, además, iba dejando a su paso un reguero de sangre. Enmudecieron de espanto al ver que esa cabeza ensangrentada se posaba sobre el lomo de la ballena. Y mientras ellos la contemplaban tiritando de miedo, la mirada penetrante de Kawayul los iba fulminando con odio, con desprecio y lástima. Y viéndolos ya tan empequeñecidos, lanzó una carcajada estridente, pavorosa. Carcajada que fue como una horrible maldición que hizo estremecer la tierra y rodar por el suelo a los asesinos de la tribu háus.

El poder sobrenatural del hechicero Kawayul los había vencido. Alrededor de la ballena sólo quedaban ahora sus cadáveres encogidos, petrificados, reflejando en sus rostros el tatuaje del espanto.

Mientras las mujeres y los niños enloquecidos por el miedo huían en sus canoas, la cabeza de Kawayul, repitiendo sus carcajadas, emprendió el vuelo en dirección al Cabo San Diego. Sin detenerse ahí tomó rumbo hacia el oeste, para regresar más tarde a los matorrales de Lanushwaia. Posteriormente, por el sendero que trazó con su sangre, se propagó una horrible epidemia que sembró la muerte y la desolación.

Cuchinjiz-kipa, fue la única que permaneció en Lanushwaia y la única también que vio desaparecer la cabeza ensangrentada de Kawayul cuando se dirigía hacia el Cabo San

Diego. Ahora estaba sola junto a un montón de cadáveres y a esa enorme ballena que aprovechaba su ociosidad para amamantar a una bandada de cuervos hambrientos. Cuando las mujeres se dieron cuenta que ella se había quedado sola en esa playa maldita, dijeron con voz quejumbrosa:

—La pobre Cuchinjiz-kipa ha perdido el juicio.

Pero Cuchinjiz-kipa no había perdido el juicio. Existía una razón poderosa que la retenía ahí. Y fue esa poderosa razón la que, apenas desapareció la fatídica cabeza de Kawayul, la impulsó a examinar uno a uno los cadáveres. Tenía que llevar a uno de ellos en su canoa, y era a ese a quien ella buscaba. Y lo encontró; estaba boca abajo, aplastado por un montón de grasa y otros desperdicios. Cuando lo tomó para darlo vuelta, éste suplicó muy quedo:

—Por favor, llévenme de aquí.

Era la voz de Yakaif. Cuchinjiz-kipa se quedó perpleja. Se enderezó, y de ple, al lado del mocetón que buscaba, permaneció como enajenada, mirando fijamente las oquedades de los acantilados costeros.

—¡¡Sáqueme de aquí, por favor! —suplicó de nuevo Yakaif.

La india reaccionó. Y después de mil vicisitudes y de esfuerzos subhumanos pudo instalarlo en su canoa. Lo demás, ya era fácil.

Comenzaba a oscurecer cuando abandonaron Lanushwala. Momentos después la canoa de Cuchinjiz-kipa, saltando sobre el oleaje, se perdía en las sombras de un mar sin ribera.

Yakaif empezaba a reponerse. Lanushwala estaba ya muy lejos; se había quedado sola, con sus cadáveres encogidos, con su ballena gigantesca, con sus cuervos hambrientos y la cabeza ensangrentada y fatídica de Kawayul.

La canoa de Cuchinjiz-kipa iba ahora a la deriva, navegando sin rumbo sobre las aguas del océano del archipiélago fueguino. Y mientras una luna inmensa y desbocada recorría el cielo nebuloso y estrellado, ella tarareaba:

—E, é, nan'ga hué.

—E, é, nan'ga hué.

EL GIGANTE HAIS

El gigante Háis, fue uno de esos hombres primitivos que poblaron Tierra del Fuego. Era tan grande y recio, que al pisar hacía temblar la tierra. Su cabeza sobrepasaba las copas de los árboles y ni los bosques ni los matorrales entorpecían su andar.

Estos seres gigantescos, como Háis, llamados "Ohuen", fueron los antepasados de los onas y los primitivos habitantes de la Patagonia. Su origen se remonta a épocas remotísimas, épocas en que la tierra era apenas una extensa planicie sumergida en las tinieblas. Cuando aún no había vegetación, ríos ni mares, cielo ni montañas. Sin embargo, a pesar de esa absoluta inexistencia, el Sur ya había llegado a la tierra. Pero el Sur de aquellos tiempos era diferente al que ahora conocemos. Ese Sur, era un gigante inmenso llamado Tarenkelas (1), que nadie supo de dónde salió, ni en qué momento llegó a la tierra. Lo cierto es que se instaló en el último rincón de ella, y ahí se quedó, adormecido, sumido en un letargo de siglos. Ese mundo monótono, mundo de obscuridad y silencio infinito, le producía una modorra morbosa. El intentó varias veces abandonar su letargo, pero, al abrir los ojos y ver ese universo de sombras estáticas, lentamente volvía adormecerse.

Escrito está, que con el transcurrir de los siglos, llega el acontecer. Y fue ese acontecer el que logró sacar a Tarenkelas de su letargo. Se produjo lo inesperado, porque así tenía

(1) Tarenkelas o Tarénkelas.

que suceder. Bruscamente el silencio se desplomó y su cuerpo de extendida soledad fue trizado por una voz misteriosa que salía de lo alto de las tinieblas. Para Tarenkelas, que había permanecido siglos de siglos envuelto en la placenta virginal del silencio, esa voz que era apenas un arrullo, reventó en sus oídos como un torrente de truenos cristalizados. Estremecido de pavor, salió de su letargo dando un salto gigantesco, salto de bestia herida. Luego, huyó como una tromba a través de la obscura planicie de la tierra. Ese correr desenfrenado y sin rumbo, propio de un ser enloquecido despertaba a su alrededor encontradas resonancias que contribuían a su desesperación. Aunque esa plana y obscura superficie no presentaba tropiezos, su robustez de gigante comenzó a flaquear. Por otra parte, la voz que llegaba desde lo alto de las tinieblas, paulatinamente se fue haciendo más grata a sus oídos. Más suave, más dulce, más armoniosa y seductora. Y tras un prolongado arrullar melodioso, Tarenkelas fue vencido y subyugado por ella. Cayendo, a pesar suyo, en un dulce sopor de ensueño. Aconteció entonces que el Firmamento, que era quien hablaba desde lo alto de las tinieblas, se acercó sigilosamente a la tierra. A pesar de su sigilo, Tarenkelas sintió sus trajines e incluso se dio cuenta cuando se le aproximaba. Sin embargo, no hizo el menor esfuerzo para salir de su ensoñación. Su cuerpo de gigante permaneció recostado, adormecido por un placer ignoto. Aprovechando esa quietud el Firmamento se recostó a su lado, y acariciándolo con calor de hembra, se unió a él amorosamente.

Y de esa unión increíblemente heterogénea, nació Kenós.

Kenós, que tuvo por madre a la bóveda celeste y por padre a Tarenkelas, fue el creador del hombre y el poblador de la tierra.

¿De qué manera se desarrolló Kenós? ¿Cuál fue el procedimiento que empleó para crear al hombre? ¿De dónde sacó poder para hacerlo? Son las preguntas que hasta nuestros días nadie ha podido contestar. Los hombres creados por Kenós llamados "Ohuen", antepasados de los onas, además de ser gigantes corpulentos, estaban dotados de poderes so-

brenaturales. Poseían también facultades para cultivar la hechicería, llegando a ser en tal caso, un poderoso "Johon" (1). Era tal su perfección, que disponían hasta del secreto para poder recuperar a voluntad la juventud, logrando de esta manera la inmortalidad.

Kenós dotó a los "Ohuen" de estos poderes para que ellos pudieran hacer lo que él no alcanzaría a realizar. Posteriormente abandonó la tierra, dirigiéndose a las alturas. De paso levantó el firmamento, que se encontraba casi a ras del suelo, por cuya causa la tierra permanecía rodeada de una espesa penumbra. Desde entonces, la luz invadió el universo todo.

* * *

El gigante Háís, fue uno de los "Ohuen" creados por Kenós. Háís era del norte. Siendo aún muy joven, emprendió un largo viaje al sur, llegando a Karukinká (2) sin tropiezos, pues en aquella época no existía el canal "Atélily" (3) en la región. Viajó impulsado por su espíritu aventurero y también por conocer. Como le agradó la comarca, se quedó a vivir en ella.

Háís era sumamente bondadoso, servicial y de buen carácter. A pesar de sus excelentes cualidades, los habitantes del sur no quisieron aceptarlo como uno de los suyos. Por el contrario, lo combatieron argumentando que se había quedado en la comarca únicamente para apoderarse de sus tierras. Háís, considerando la razón que tenían al defender su terruño, sólo se limitaba a defenderse. De todas maneras, bastó el rechazo de dos o tres ataques que ellos le hicieron, para que se dieran cuenta del gran poder que el forastero poseía. Como Háís no tenía ningún interés de hacer valer sus fuerzas, buscó la convicción para hacerles ver que no le guiaba ninguna mala intención al establecerse ahí. Incluso les manifestó que pensaba casarse con alguna joven del lugar en cuanto la ocasión se presentara. Con todo, no logró con-

(1) Hechicero.

(2) Nombre que daban los onas a Tierra del Fuego.

(3) Estrecho de Magallanes.

vencerlos; no porque dudaran de sus buenas intenciones, sino porque estaban temerosos de su inmenso poder sobrenatural.

Los "Ohuen" del sur, luego de sus fracasos y de valorizar el poder de Háis, llegaron a la conclusión que era Nákenk el único que podía enfrentarlo. Nákenk, además de "Ohuen", tenía la ventaja de ser un poderoso "Johon". Cuando sus coterreños recurrieron a él para encomendarle la empresa, aceptó, siempre que le dieran plenos poderes para organizar el ataque. Pidió esos poderes porque sabía que él solo no sería capaz de derrotar a Háis. En cambio, si lo atacaba con un ejército bien organizado, lo vencería irremediablemente.

En cuanto los "Ohuen" del sur aceptaron las condiciones de Nákenk, éste inició los preparativos para la formación de su ejército. Con tal fin seleccionó cuidadosamente a sus hombres. Escogió a los más ágiles, los más grandes y robustos, los más astutos y habilidosos. Hecho esto, los sometió a una prolongada y metódica ejercitación en el uso de las armas, en las marchas prolongadas y en la lucha cuerpo a cuerpo.

Cuando Nákenk dio por terminado el adiestramiento de su ejército, sus hombres estaban en condiciones de disparar sus flechas con asombrosa precisión, de recorrer grandes distancias sin fatigarse y de luchar con los más fornidos gigantes. Era realmente un ejército bien preparado; además, estaba magníficamente equipado. Cada soldado disponía de arcos hechos con maderas de hayas enanas; de flechas de madera de calafate (1) con puntas de pedernal y plumas de buitres crestados en el extremo opuesto. Nákenk no descuidó ni siquiera la presentación de sus hombres. Todos disponían de capas nuevas (Chohn-oli), de vistosos gorros (Kochél) y cómodas ojotas (Jamni).

Cuando el ejército estaba por partir, apareció repentinamente un joven guerrero háus (2). Iba armado de arco y lanza, y, aunque era muy bien conformado, no pasaba de ser un guerrero insignificante al lado de los hombres de Nákenk.

(1) *Berberis ilicifolia*.

(2) Onas del extremo sureste de la isla.

Dijo llamarse Sáter y manifestó que se incorporaba al ejército para ayudar a derrotar a Háis. Nákenk no pensaba aceptarlo, pero Sáter no entendía de disciplinas, y sin consultar a nadie se instaló en la fila. El desplante del pequeño Sáter desconcertó a Nákenk, viéndose obligado a partir con él. Sin embargo, la presencia de ese hombrecito en las filas de su ejército, le molestaba. Después de meditar acerca de la manera de poder deshacerse de él, llegó a la conclusión que lo más práctico era extenuarlo. Con tal fin, ordenó a sus hombres que emprendieran una marcha forzada. Tras largo caminar, Nákenk quedó realmente asombrado al comprobar que el pequeño Sáter, en vez de fatigarse, alentaba a sus compañeros. Ante tal demostración, tuvo que someterse y aceptar a Sáter como un soldado más de su ejército.

Cuando Háis se dio cuenta que Nákenk se dirigía al Norte con un ejército para atacarlo, entró en cólera y se dispuso a lanzar en su contra todos los elementos que podía controlar. Con tal objeto, trepó al cerro más alto del norte fueguino y desde allí organizó su ataque.

Llamó primero a "Wuomkekayen" (el viento norte) y cuando éste llegó a echarse a sus pies, Háis mostrándole a Nákenk, que avanzaba con sus hombres por la estepa costeña, le ordenó:

—¡Levántate! Bien sabes que no necesito aduladores, te he llamado para que reúnas al instante todas tus fuerzas, y arrases con esos malvados.

Wuomkekayen se incorporó, y obedeciendo las órdenes de Háis, comenzó a acumular sus fuerzas para cumplir su mandato. Sigilosamente fueron llegando borrascas, torbellinos, huracanes, ráfagas de todas dimensiones y trombas gigantes. Y luego en un bullir estruendoso de fuerzas desatadas, Wuomkekayen se lanzó cerro abajo para iniciar desde la planicie su marcha de destrucción por las tierras sureñas. Todo lo que encontraba a su paso era arrasado; hierbas, árboles, arena, tierra y piedras corrían por el suelo, como fardos de pasto seco. Detrás de Wuomkekayen la tierra quedaba desnuda, desolada, silenciosa, muerta.

Háis, para asegurar su triunfo, recurrió además al poder

que tenía sobre las nubes. A éstas las reunió a orillas de un lago profundo. Cuando las nubes formaron un cordón de cerros plomizos alrededor del lago, Háis, lanzando una piedra enorme al centro de las aguas, levantó una gigantesca columna que al caer luego sobre las nubes empapó los mil vuelos de sus enaguas de gasa. Hecho esto, les ordenó que fueran a desnudarse encima de los soldados de Nákenk.

Como las nubes estaban acostumbradas a usar sus prendas a medio estrujar, tuvieron que hacer grandes esfuerzos para remontar las alturas. Y mientras Háis volvía al cerro para observar desde ahí a sus enemigos, ellas emprendieron viaje al sur, formando una caravana de sombras espesas y deformes.

Cuando Wuomkekayen se aproximaba a Nákenk, éste comprendió que su ejército sería barrido; recurrió entonces a Kéninek (el viento sur) para que lo defendiera. Kéninek, a pesar de estar desprevenido, resistió el primer embate de Wuomkekayen, pero no en muy buena forma. Y cuando ambos se preparaban para enfrentarse nuevamente, llegaron las nubes enviadas por Háis y descargaron un verdadero diluvio sobre los contrincantes. Este refuerzo hizo comprender a Nákenk que muy pronto sería derrotado y buscó la manera de salvarse. Concentrando todo su poder de "Johon" transformó a su ejército en hombres flechas. Dio a cada uno de ellos un impulso poderoso y así consiguió avanzar hacia el norte.

Háis quedaba de esta manera a merced del ataque de un ejército entero. Pero era tal su poder, que logró resistir a esos hombres que pasaban a su lado con la velocidad del rayo y dispuestos a despedazarlo al menor descuido. Este asedio ininterrumpido lo obligaba a permanecer constantemente en guardia, cuidando de no dar la espalda a sus enemigos. Como Nákenk y sus guerreros debían mantenerse en un continuo movimiento, comenzaron a cansarse. Cansancio que aprovechó Háis para coger de sorpresa a uno de ellos. Apenas el guerrero cayó en sus manos perdió su forma de hombre-flecha, transformándose en un ser insignificante, tan pequeño que daba lástima.

Este hecho exasperó a Nákenk, quien arreció en sus ata-

ques, buscando en forma desesperada la manera de exterminar a su enemigo. Háis, seguro de sí mismo, quiso darles otra lección para lo cual determinó lanzar desnudo al prisionero contra ellos. Con tal fin se acercó a éste y de un tirón le arrancó la capa con que se cubría. Al agacharse para tomarlo de la cintura comprobó con asombro que no era un guerrero el que había cogido, sino a una hermosa y diminuta joven. Esta, al verse desnuda frente a ese poderoso gigante, comenzó a tiritar de miedo y vergüenza. La sorpresa de Háis fue tan intensa, que estuvo a punto de sucumbir frente a un ataque sorpresivo del propio Nákenk. Pero consiguió reponerse a tiempo y rechazó la embestida ventajosamente. Después de este fracaso Nákenk comprendió que era inútil proseguir la lucha y ordenó a sus hombres abandonar el campo.

Cuando Nákenk y sus hombres se retiraron, Háis experimentó una verdadera alegría. No porque los hubiese vencido, sino porque esa guerra sin asunto se había terminado. Aunque no estaba resentido, en razón a que fueron ellos los culpables de esa lucha, dejó que recibieran el castigo de los elementos que había lanzado en su contra.

Como los hombres de Nákenk estaban sumamente agotados y no tenían fuerzas para mantenerse en el aire, se vieron obligados a regresar a pie. Vencidos y maltrechos, tuvieron que soportar las embestidas de Wuomkekayen, pereciendo por el camino la mayoría de ellos, arrastrados por la borrasca o sepultados en el lodo.

Libre ya de sus enemigos, Háis entregó a su prisionera la capa que con tanta brusquedad le había arrebatado. Enseguida le preguntó:

—¿Todos los soldados de Nákenk eran también mujeres como tú?

—No, ellos nada sabían de mí. Los engañé para que me permitieran luchar en tu contra.

—¿Por qué tenías tanto interés en atacarme, si yo nada te había hecho?

—De ti no he recibido daño alguno, lo sé. Pero eres un extraño que te has adueñado de nuestras tierras. Puedes

ser muy bueno y muy poderoso, eso a mí no me importa, luchaba para defender lo que es nuestro; no por hacerte daño.

Háis se quedó pensativo; seguramente encontró razonable lo dicho por la joven, puesto que nada dijo ante una respuesta tan irrespetuosa. Permaneció largo rato en silencio. Realmente no sabía qué hacer con su prisionera. Sáter, se limitaba a observarlo, a mirarlo desde abajo con sus grandes ojos negros y tristes.

Háis, como quien ha encontrado la solución de un problema, le dijo repentinamente:

—En castigo, por haberme atacado sin que hayas recibido ofensa alguna de mi parte, te dejaré para que me sirvas.

—Eso era justamente lo que suponía que harías conmigo. Sabía que no discurrirías otra cosa.

—No te he pedido tu opinión, ¿es una orden!

—Lo sé, y sé también que estoy obligada a servirte. Pero no me puedes exigir que continúe viviendo, recuerda que yo jamás podré acostumbrarme a estas tierras.

—Bueno, ¿y de qué parte eres tú?

—Soy del sur, pertenezco a la tribu Háus; me llamo Sáter.

—Bueno, Sáter, ahora iremos a mi cabaña, —le dijo Háis, mientras recogía sus armas que había dejado en el suelo.

Cuando llegaron a la cabaña, Háis en vez de ordenar a su prisionera que hiciera las cosas, la atendió como un huésped.

—Como puedes ver, aquí hay de todo —dijo a Sáter mientras le servía un trozo de carne asada.

—Ya lo había observado, vives en la abundancia. Sin embargo, yo nada tengo —respondió Sáter con amargura.

—Ahora tendrás; nada te faltará mientras permanezcas aquí.

—Mientras no sea libre, careceré de todo, —objetó Sáter con dureza.

Háis no contestó, se limitó a comer en silencio y a observar a la joven que permanecía inmóvil y sin probar bocado.

Pensando que Sáter estaría mejor sola, en cuanto terminó de comer salió de la cabaña. Afuera corría un viento sur bastante helado, viento que arrastraba con lentitud a un gru-

po de nubes blancas y transparentes. Eran las mismas nubes que él había enviado contra Nákenk y que ahora regresaban sin sus enaguas de gasa.

Sátterr, a pesar de estar sola, no probó la carne. Su condición de vencida la había sumido en una amargura infinita. Sin embargo, no olvidó su calidad de criada y a pesar de su desdicha, se puso a ordenar la cabaña. Cuando salió en busca de leña, Háis, que aún permanecía observando el firmamento, la retuvo para decirle:

—Te quedarás sola al cuidado de mi cabaña, debo ausentarme por algún tiempo. No trates de huir, no olvides que tengo el poder suficiente para ver lo que haces desde cualquier lugar en que me encuentre.

—No tienes para qué amenazarme, sé que te debo obediencia y que nada podré hacer sin tu autorización.

—Me complace tu comprensión, Sátterr. A mi vuelta veremos la manera de entendernos mejor —dijo Háis mientras entraba a la cabaña a buscar sus armas.

Quando Sátterr se vio sola, se puso a llorar sin consuelo; la nostalgia que sentía por su tierra le producía una congoja terrible. A causa de su aflicción perdió el apetito y el ánimo. Pronto se transformó en una alucinada que permanecía inmóvil contemplando el extremo sur de la tierra fueguina. Ella sentía una verdadera adoración por aquel terruño boscoso y cubierto de pantanos. Por ese último extremo del mundo, húmedo, sin sol, frío y azotado por vendavales terribles de agua y nieve. Ahí había nacido y crecido, soportando desnuda esa inclemencia; luchando contra los elementos encabritados de la naturaleza, desgredada, revolcada y golpeada por tormentas y huracanes. Era esa vivencia desenfadada la que ella añoraba y sin la cual su existencia no era posible. De ahí su pena, su angustia, su desaliento e infinita melancolía.

Y fue tal su abandono, que poco a poco fue perdiendo sus fuerzas, hasta llegar a un letargo de muerte. Perdió luego sus formas, y por último sin que ella se percatara, se transformó en una pequeña y delicada plantita. De esta manera se originó la zarzaparrilla, de cuyos delicados ganchos cuel-

gan en racimos cristalinos las lágrimas de la desventurada Sáterr.

Cuando Háis volvió y se dio cuenta que la joven se había transformado en planta tan hermosa y delicada, experimentó una pena infinita. Considerando que en parte era él el culpable de la determinación de Sáterr, se propuso cuidar durante toda su vida esa plantita. Fue así como la zarzaparrilla pudo crecer y propagarse por las campiñas patagónicas.

* * *

Transcurrió el tiempo... Háis, a pesar de la resistencia de los habitantes de la región, no se desanimó. Debido a su buen carácter y en especial a la buena disposición que demostraba para con ellos, logró por fin su amistad. De tal manera que cuando contrajo matrimonio con Kasmén, una hermosa joven de la comarca, ya casi no tenía enemigos.

Hais tuvo en Kasmén dos hijos; un hombre, llamado Akmenk, y una mujer, llamada Akelvóin. Era realmente un padre ejemplar y vivía feliz con su mujer y sus hijos, dedicado esencialmente a conseguir el alimento para ellos. Preocupación que era la fundamental en todos los padres de familia. De Nákenk nada había sabido después de aquella memorable lucha que mantuvo con él. Ya casi no lo recordaba.

* * *

Una tarde que Háis regresaba de cacería con un cargamento de aves silvestres y algunos cururos, divisó a Kasmén que iba a encontrarlo. El hecho llamó su atención debido a que su mujer no tenía costumbre de hacerlo; por esta causa, en cuanto estuvo cerca de ella, le preguntó.

—¿Sucede algo, Kasmén?

—Nada, sólo venía a decirte que Nákenk está en el tolderío.

—¿Sí? ¿Y a qué ha venido?

—No lo sé. Me informaron que se iba a quedar a vivir aquí.

Háis, después de meditar un momento, sin demostrar mayor preocupación por la noticia, dijo a su mujer:

—Si ese malvado se instala entre nosotros, nos iremos al norte; quedan muchas tierras todavía por esos lados. Así viviremos más tranquilos, deseo evitar cualquier discordia.

Como Nákenk realmente se instaló en el tolderío, pasados unos días Háis desarmó su cabaña y partió hacia el norte con su mujer y sus hijos.

Cuando atravesaban el tolderío, Nákenk se acercó a él para decirle:

—Haces muy bien en irte Háis. Los dos no cabemos aquí y lo justo es que el intruso se vaya.

—Sabes muy bien que no soy intruso, además no me voy por temor a ti, lo hago por la tranquilidad de mi familia.

—Sé que nada puedes temer de mí, Háis; eres poderoso, pero te advierto que jamás me he considerado vencido y que algún día nos encontraremos de nuevo.

Háis no le respondió. Indiferente, prosiguió su camino. Nákenk, que estaba dispuesto a no perder de vista a su enemigo, se subió a un cerro para observar la dirección que éste tomaba.

A pesar de que Háis se fue a vivir bastante lejos del tolderío, no logró evitar la presencia de Nákenk. Frecuentemente lo sorprendía espiándolo y repetidas veces tuvo que sopor-
tar sus impertinencias y provocaciones.

Mucha era la paciencia de Háis, pero al fin se cansó y resolvió enfrentarlo para darle un buen escarmiento. Con tal fin salió un día a cazar guanacos al sur. Intencionalmente pasó por el tolderío para provocar a Nákenk, pero no anduvo con suerte, pues su enemigo había ido a la tierra de los Háus con un grupo de cazadores de lobos, según le informaron. Como Háis no se interesaba por ahondar resquemores ni odios, se alegró de que las cosas sucedieran así. Y sin preocuparse más del asunto, dejó el tolderío.

Después de recorrer una distancia considerable logró ubicar un guanaco que pastaba a orillas de un matorral. Luego de una corta persecución consiguió flecharlo. La presa que había cogido, era verdaderamente admirable. Así lo comprobó

más tarde por el peso del animal cuando lo transportaba sobre sus hombros, puesto que muy a menudo se veía obligado a descansar.

Al subir una colina la fatiga le exigió un nuevo descanso; jadeando se tendió sobre el césped y, sin darse cuenta, se quedó profundamente dormido.

A media tarde, despertó sobresaltado. La voz de una mujer que cantaba a los pies de la colina lo había despertado. Era una voz suave y armoniosa que el viento esparcía como un perfume subyugador. Háis, para observar sin ser visto, sigilosamente entreabrió el matorral.

Abajo, a los pies de la pequeña colina, tendida sobre el musgo, yacía desnuda una hermosa joven. Háis, luego de un instante de perplejidad, bajó de un salto y se quedó al lado de ella, contemplándola.

La joven no tuvo tiempo de reaccionar. Ante la magnífica figura del cazador se quedó confusa, embrujada. Tendida sobre el muelle verdor del musgo silvestre permaneció inmóvil, inmóvil como una estatua que se hubiese caído de su pedestal.

Háis, comprendiendo el estupor y abandono de la joven, suavemente se recostó a su lado, al tiempo que decía:

—Eres la más hermosa de las mujeres que he visto en mi vida. ¿Quiéres decirme de dónde has salido o cómo te llamas?

—La joven, sonriendo le respondió.

—Me llamo Hosne, soy la hija de Nákenk. Y tú ¿quién eres?

Háis, sin poder contenerse, se incorporó bruscamente y le respondió con terquedad.

—Soy un cazador.

—¿Has dicho que eres un cazador?

—Sí, un cazador.

—Sí, es verdad, debes ser un cazador de cururos, cobarde como todos ellos.

—¿Por qué me tratas de cobarde?

—Porque te has asustado de verme desnuda y quieres huir de mí, ¡a pesar de encontrarme hermosa! ¡Me imagino cómo huiría de una fiera el señor cazador de cururos!

—A las fieras se les mata; a tí hay que acariciarte, aca-

riciarte hasta que el cazador termina por sucumbir —le respondió Háis mientras se arrodillaba a su lado.

Desde aquel día Hosne se enamoró perdidamente de Háis, con quien más tarde entró en relaciones íntimas.

* * *

Cuando Nákenk regresó de su cacería de lobos, notó algo raro en su hija. Su comportamiento para con él no era el de costumbre.

—Algo le sucede a Hosne —se dijo, y comenzó a espiarla.

Aunque Háis tomó todas las precauciones para mantener en secreto sus relaciones con la hija de su enemigo Nákenk, éste no tardó en sorprenderlos.

Ese hecho ya consumado produjo en Nákenk una indignación terrible y además un profundo dolor. Había sido herido en lo más hondo de su amor propio, y tenía que morderse, fingir que nada sabía, ya que era eso lo más prudente. En el tolderío nadie se había dado cuenta aún de los amoríos de su hija. Y si él lo hacía público no conseguiría otra cosa que las burlas y el ridículo.

Corroído por el dolor y la amargura juró que no descansaría hasta lograr una venganza, venganza que fuera para Háis un oprobio para toda su vida. Sigilosamente Nákenk tramó y concibió su desquite. Era terrible lo que iba hacer, pero Háis se lo había buscado. Esperaba sólo una ocasión propicia para llevarla a cabo.

Ella no tardó en presentarse.

Inesperadamente se produjo en la comarca un fenómeno jamás visto, el que aprovechó Nákenk para realizar su siniestra represalia.

En efecto: Repentinamente se desencadenó una terrible tempestad; granizos, relámpagos, truenos y torbellinos encabritados, asolaron la tierra. El viento endemoniado arrancaba de raíz árboles y matorrales, dejando a su paso sólo la destrucción y el espanto. La Patagonia entera fue remecida y trastornada, parecía que el viento y la lluvia se habían dispuesto acabar con todo. Pero esta furia enloquecida de los ele-

mentos, se calmó súbitamente, y tras esa calma, una ráfaga de aire tibio y húmedo, semejante al resuello de una bestia en celo, invadió las estepas fueguinas.

Después llegó la obscuridad, una obscuridad densa, espesa y extensamente silenciosa. Era la ocasión que esperaba Nákenk para vengarse. Amparado por esa sombra espesa, llegó hasta la casa de Háis y raptó a su hija Akelvóin. Por el camino, valiéndose de su poder de "Johon", la sumió en un profundo sueño y la condujo hasta la cabaña donde acostumbraba a reunirse Háis con su amante Hosne.

Escondido cerca de la cabaña, Nákenk esperó la llegada de Háis. Pero, esta vez fue Hosne la primera en acudir a la cita, logrando casualmente descubrir los trajines y las intenciones de su padre. Indignada ante la monstruosidad que pretendía hacer, corrió en busca de Háis para prevenirlo.

Aunque Hosne conocía perfectamente la comarca, era tal la obscuridad reinante, que se extravió.

Largo rato anduvo vagando entre las tinieblas sin poder orientarse, y cuando logró hacerlo, fue sorprendida por un estampido terrible, y siniestro. Y mientras la tierra se remecía, se descargó de nuevo la tempestad. Hosne, atormentada por la lluvia y la borrasca, corría de un lado a otro, llorando y gritando como enloquecida.

Pero nadie la escuchaba; sus gritos y su llanto se perdían entre el silbido del viento y el retumbar de los truenos. Y a medida que el tiempo transcurría aumentaba su desesperación, su locura y su correr desenfrenado. Corría y corría por una extensa ladera sin obstáculos, sin fin. Repentinamente, la ladera se puso blanda, tan blanda como la sombra de la noche. Sus pies sólo tropezaban ahora con el viento, con la lluvia. Y eran el viento y la lluvia los únicos que entorpecían su descenso vertiginoso.

Más tarde, mucho más tarde, un relámpago iluminó el precipicio y la roca ensangrentada donde yacía el cuerpo destrozado de la infortunada Hosne.

Con la muerte de Hosne, Nákenk, pudo realizar su venganza sin tropiezos. Nadie ha podido explicar de qué medios se valió el malvado para engañar a Háis. Lo cierto es que

cumplió su terrible desquite logrando que Háis cometiera la maldad de tener un hijo de su propia hija Akelvóin.

Cuando Háis se dio cuenta de lo que había hecho, cayó en un prolongado mutismo, en una quietud de muerte. Era un ser sin movimiento, sin expresión, ni reacciones de ninguna especie.

Kasmen, que reprochó la conducta de su marido cuando supo sus relaciones con la hija de Nákenk, ahora, al verlo en ese estado, trató de consolarlo, diciéndole:

—Después de todo tú no tienes la culpa de lo que le ha sucedido a nuestra hija Akelvóin, ella tampoco la tiene. Lo que ha pasado se debe únicamente al malvado de Nákenk. Con respecto a Hosne, tampoco te culpo; ella fue una buena mujer; te quiso sinceramente; nada de malo había en ello, salvo que eras casado. No tengo quejas de ella, puesto que jamás perturbó la quietud de nuestro hogar. Lo que deseo ahora, Háis, es que vuelvas a trabajar, que olvides lo que ha sucedido y que superes cuanto hasta aquí has hecho. Si no quieres hacerlo por mí, hazlo por Hosne, por el cariño que ella te tuvo.

Las palabras de Kasmen aliviaron momentáneamente la pesadumbre y tristeza de Háis. Comprendió que su mujer era sincera, que era buena, pero ni así logró sobreponerse. Frente a él estaba Akelvóin, su hija desdichada, que pronto tendría un hijo, un hijo de él. Y ese acontecer era superior a sus fuerzas. Por muy grande que fuera su poder, por muy superior que se sintiera frente a los demás hombres, él no podría seguir viviendo. Así lo pensó y así lo hizo. Además, tenía que expiar su culpa eternamente; para ello, recurrió por última vez a su poder de "Johon" y se transformó en un abismo. Era lo que mejor lo caracterizaba. Había caído a un abismo moral y en un abismo se transformaba.

Poco tiempo después de la muerte de Háis, Kasmen, sin poder soportar la soledad, se instaló al lado de su esposo, y ahí se quedó hasta que logró convertirse en un cerro, que se levantó imponente al lado de ese abismo horripilante en que se había transformado Háis.

Transcurrido el tiempo Akelvóin tuvo su hijo. Era un niño

hermoso y robusto, a quien llamó Kuanyip y a cuyo cuidado consagró su vida.

Kuanyip, hijo de Akelvóin y de Háis heredó de su padre el carácter y el poder de "Johon". Fue, como él, un gigante de recia contextura y poseedor de una fuerza extraordinaria. Debido a su constancia y buen tino, poseyó el más absoluto dominio de los elementos, y aprovechó su gran poder sobrenatural para estructurar la auténtica conformación de la Tierra del Fuego.

THAIYIN

En aquellos tiempos primitivos, cuando el pueblo Shelknam (1) aún se encontraba en gestación, cuando Karrukinká (2) todavía formaba parte de la universalidad telúrica, la Patagonia era constantemente conmovida por acontecimientos desconcertantes:

Inesperadamente, una intensa obscuridad aparecía en el firmamento; era una nube negra que en forma de embudo se aproximaba a la tierra. Al llegar al suelo, su obscuridad se hacía más densa, más espesa, hasta que por fin, con la untuosidad del alquitrán, se extendía con lentitud por las estepas patagónicas. Durante un largo período la tierra permanecía envuelta en esa argamasa negra y sumida en el terrible abismo del silencio absoluto. Dentro de esa sombra densa y viscosa buceaban los más extraños seres de la fauna primitiva. Eran monstruos de gran tamaño y de formas caprichosas; masas de materias blandas, cerros de gelatina que sólo tenían existencia de vida vibratoria. Seres en formación que mostraban parte de su esqueleto y que permanecían echados, resoplando como fuelles cansados. Otros más pequeños, unidos como siámeses, formando verdaderos rebaños, pasaban en fila interminable. Y junto a ellos avanzaban por la estepa en cardúmenes apretados, millares de reptiles mostrando la fina daga de sus lenguas incandescentes.

De pronto, aquella obscuridad silenciosa era sacudida por

(1) Nombre que los onas se daban a sí mismos.

(2) Nombre que daban los onas a la isla de la Tierra del Fuego.

una avalancha de ruidos subterráneos, tras ellos, la tierra iniciaba un suave movimiento ondulatorio. Sobre ese oleaje terráqueo caían, en ráfagas sucesivas, persistentes lloviznas luminosas que iban poco a poco aclarando el universo infinito.

Junto a este extraño mundo, el hombre fue incorporándose a su integridad y adquiriendo esa estructura biológica que le permitió alcanzar su normal desarrollo.

Eran estos hombres primitivos de estatura gigantesca, y formas perfectamente bien proporcionadas. Sin embargo, solían aparecer algunos fenómenos decididamente repugnantes. Seres de cuerpos contrahechos, de malas costumbres y de instintos perversos. Tal fue el caso de una mujer llamada Thaita, quien apareció en la tierra de los shelknam, sin que nadie lograra saber de dónde llegó. Esta mujer, que al principio demostró una gran humildad, poco a poco se fue poniendo hurafña, desconfiada y terriblemente egoísta.

Más tarde, cuando comprendió que su poder era superior al de todos los "Ohuen" de la comarca, dio rienda suelta a sus instintos perversos. Vivía preocupada únicamente de la satisfacción de sus apetitos; era una glotona insaciable y libidinosa pervertida. Se entregó de tal manera a los excesos, que en corto tiempo perdió casi sus formas de ser humano. Su figura enorme se tornó fofa, blanda como una masa sebosa. Entre sus pómulos huesudos que se habían levantado semejando las rodillas de un cadáver, se ocultaban sus ojos diminutos y su nariz achatada que dejaba ver apenas dos huecos negros y húmedos. Su cabellera, formada de gruesas hebras negras, caía sobre su espalda como las raíces de una planta maldita.

Desde que Thaita se tornó hurafña nadie buscó su amistad, por el contrario, todos le huían recelosos. Ella por su parte, no se preocupaba en lo más mínimo por esa actitud de los shelknam. Tenía la absoluta seguridad que muy pronto ejercería un dominio absoluto sobre ellos. Para eso se estaba preparando, para aprovechar sus facultades sobrenaturales en hacerles daño. Y fue así como logró fabricar un arma desconocida hasta ese momento en la tierra. Con ella

consiguió derrotar a quien tuvo la osadía de enfrentarla. Muchos fueron los que pagaron con su vida su temeridad, pues la malvada no se conformaba hasta dejar a su enemigo horrosamente mutilado o sin vida.

Thaita era realmente poderosa, el hecho de haber logrado el control absoluto de las aguas, así lo demostraba y sin lugar a dudas. Los shelknam jamás pudieron explicarse cuál era el procedimiento que ella utilizaba, para secar a voluntad, todos los ríos y los lagos de la comarca. Y a no ser por un forastero, que por casualidad la vio cuando ella con su sola presencia detenía las aguas correntosas de un río, no habrían sabido a quién culpar de esa terrible calamidad.

De todas maneras, tuvieron que rogarla y satisfacer todos sus caprichos, antes de conseguir que soltara las aguas de los ríos. Mientras tanto, murió una gran cantidad de niños y ancianos atormentados por la sed. Y desde entonces, Thaita ejerció el dominio total en la comarca. Exigía lo que se le venía en gana y cuando no era atendida con prontitud lanzaba terribles amenazas y entre rezongos guturales, se dirigía a la montaña desde donde ejercía el control de las aguas. Echada sobre cualquier promontorio rocoso se quedaba impasible, hasta que los shelknam, acosados por la sed, llegaban a rogarla. Era entonces cuando Thaita, aprovechándose de la desesperación de sus víctimas, exigía los favores de los hombres, eligiendo a aquellos más reacios a ella. En cuanto el elegido estaba en sus brazos, soltaba las aguas que se deslizaban por las montañas en torrentes incontenibles. Mientras tanto ella daba rienda suelta a sus caprichos libidinosos, satisfaciéndose a la vista de todos.

La actitud de esa mujer se hacía cada día más insoportable. Muchos Ohuen, que no lograron controlarse ante sus desmanes, se lanzaron contra ella, sin tomar en consideración que era realmente poderosa. Todos sucumbieron atravesados por los dardos de un arma misteriosa que ella poseía. Ante tantos intentos frustrados, alguien informó que el único que podría enfrentarla con éxito sería el Ohuen "Thaiyín". Aunque la mayoría desconocía el poder de Thaiyín, se dirigieron a él para consultarlo.

Thaiyín, que era uno de los pocos Ohuen que no había caído en las redes de Thaita, manifestó que él enfrentaría a esa mujer siempre que fuera secundado por un grupo de hombres decididos.

—Lo único que necesito es estar lo más cerca posible de ella. Logrado eso, estoy seguro que la venceré —afirmó Thaiyín. Aceptado su plan, se dirigió a la cabaña de Thaita, protegido por un numeroso grupo de shelknam.

En cuanto Thaita los divisó se puso en guardia, pero al darse cuenta que iban todos desarmados, no se preocupó demasiado de ellos. Sólo cuando estaban por llegar a su cabaña reaccionó bruscamente, gritándoles:

—¡Alto ahí! —a tiempo que les apuntaba con el arma misteriosa y mortal que poseía.

Los shelknam, azuzados por Thaiyín no se detuvieron, por el contrario, apuraron el paso.

—¡Si no se detienen, los mataré a todos! —rugió Thaita. Acto seguido, silbó por el aire uno de sus proyectiles mortíferos, el que penetró como daga en el cuerpo de uno de ellos. El herido cayó al suelo lanzando un gemido de muerte, hecho que produjo un tumulto de espanto en el grupo.

Thaiyín aprovechó ese instante para bornear su honda y lanzar contra su perversa enemiga un peñascazo tan potente que le separó la cabeza del tronco. Cuando los shelknam vieron rodar por el suelo la cabeza de Thaita, estallaron en gritos y saltos de alegría. Pero ese entusiasmo duró poco, pues casi repentinamente se quedaron como petrificados. Con una mueca de terror indescriptible en sus rostros contemplaban el cuerpo de esa mujer que permanecía de pie, mientras la sangre que vertía por el cuello fluía como manantial. Era un verdadero torrente que se elevaba más allá de las altas montañas.

Transcurrido cierto tiempo, la sangre acumulada en las alturas comenzó a caer en forma de espesas cascadas, sobre los ríos y lagunas, enturbiando sus aguas. Ese hecho no alarmó a Thaiyín, quien aprovechando sus enormes manos de gigante, inició la limpieza de las aguas ensangrentadas, lanzándolas hacia el norte.

El hecho de que aún en la actualidad existan en esa región lagunas enrojecidas por la sangre de Thaita demuestra que Thaiyín procedió en esa forma.

Después que Thaiyín logró clarificar las aguas, se retuvo repentinamente el torrente de sangre que manaba del cuello de Thaita. Y, al instante, su cuerpo que aún permanecía de pie, perdió el equilibrio y se desplomó produciendo un terrible estruendo.

Cuando Thaiyín llegó al lado de su víctima, cogió cautelosamente el arco que utilizaba para lanzar sus dardos mortíferos.

De pronto, como si de golpe hubiese comprendido el uso de esa arma, cogió uno de los dardos y colocándolo en la cuerda del arco lanzó la primera flecha, la que se incrustó en el tronca de un árbol y ahí permaneció vibrando como las alas de una mariposa. Desde ese instante los shelknam dispusieron de una nueva arma para la caza y para su defensa.

Mientras Thaiyín contemplaba el vibrar de la flecha, llegaron en diversos grupos los habitantes de la comarca que iban a felicitarlo por la hazaña que acababa de realizar.

Fueron tantos los elogios que recibió y las alabanzas que hicieron de su poder sobrenatural, que a pesar de su humildad se sintió realmente entusiasmado de sí mismo. Y fue así como sin razón alguna colocó en su honda un gran peñasco y lo lanzó hacia el sur.

Tanto él como los shelknam, que observaron la trayectoria de la piedra, pudieron ver que en el lugar donde ésta cayó se formó instantáneamente un hermoso lago. Este hecho tan portentoso aumentó su alegría y le dio la certeza del inmenso poder de que era poseedor. Absorbido por el entusiasmo, ya no se preocupó más de Thaita, ni de su cuerpo gigantesco que yacía en el suelo, ni de su cabeza que ahora descansaba junto a una mata negra. El no hacía otra cosa que lanzar peñascazo tras peñascazo con su honda maravillosa, formando de esta manera ríos, lagunas, cascadas, vertientes y canales. Era tal su fuerza y poder, que al lanzar una enorme piedra hacia el norte produjo tal conmoción en la tierra, que logró separar el continente. Fue así como Thaiyín creó el

canal "Atélily" (1) y por consiguiente la Isla Grande de Tierra del Fuego. Y con otra piedra del mismo tamaño, que lanzó al sur, formó el canal "Onachaga" (2). Debido a esos éxitos tan prodigiosos, Thaiyín redobló su actitud consiguiendo en muy poco tiempo despedazar casi toda la costa del este. De este hecho histórico, se desprende que fue él quien formó las numerosas islas que existen en esa parte de la Patagonia. A él se debe también la formación de los lagos que hay en la Tierra del Fuego, incluso el inmenso lago Kami. (3)

Los shelknam que al principio admiraron su poder y aplaudieron sus hazañas, comenzaron a preocuparse. Ese afán por cambiarlo todo, que se había despertado en Thaiyín, podía terminar con la total destrucción de la tierra. Para evitar esa posible calamidad, luego de exponer razones, rogaron a Thaiyín que se tranquilizara. Pero Thaiyín, que desde niño había sido inquieto y activo, ahora que veía el efecto prodigioso de su acción, les contestó:

—No accederé a lo que me piden, comprendan que no podré vivir en la quietud; me agrada hacer cambiar las cosas. ¿Pretenden acaso que me siente sobre una montaña y espere ahí que me coman los buitres?

Dada esa respuesta volvió a su honda y comenzó de nuevo a lanzar piedras a destajo.

Para suerte de los shelknam, llegó por esos días desde el norte el "Johon" Kuányip (4), quien venía sumamente alarmado, pues alguien estaba despedazando todo el continente. Los shelknam del sur le informaron de lo acontecido con Thaita y Thaiyín. Le rogaron que los salvara de esa nueva calamidad. De inmediato Kuányip se dirigió a la cabaña de Thaiyín.

Lo encontró justamente cuando iba a lanzar una enorme piedra hacia el este.

—¡Basta! —le gritó Kuányip sujetándolo de los brazos.

—¿Y quién eres tú para prohibir que haga lo que me place?

(1) Canal de Magallanes.

(2) Primitivo nombre del canal Beagle.

(3) Primitivo nombre del lago Fagnano.

(4) Poderoso Ohuén y gran "Johon" de la Tierra del Fuego.

—Soy Kuányip, y no toleraré que sigas destruyendo la tierra. ¿No te das cuenta acaso del daño que estás haciendo?

—No es daño el que hago; estoy creando cosas nuevas, cosas que tú ni nadie podrá hacer, —respondió, disgustado, Thaiyín.

—La creación tiene su límite; tú ya te has sobrepasado y como sé que no podrás vivir sin estar en eterna actividad, te transformaré en un ser que refleja lo que eres.

—¿Y de dónde vas a sacar poder tú para hacer eso conmigo? ¿Y si yo te transformara a ti primero en lo que se me viniera en ga... nn... nn...

Kuányip ya había actuado sobre el inquieto Thaiyín, dejándolo como entontecido. Luego comenzó a temblar y a disminuir de tamaño; paulatinamente se fue reduciendo, reduciendo, y cuando ya apenas se veía transformóse en un "Kehet" (1) pajarito que imita fielmente la constante actividad de Thaiyín.

De esta manera el poderoso Kuányip, salvó al archipiélago fueguino de su total destrucción.

(1) Picaflor.

- Alisimoonoala:** Nombre que se daban los yaganes que vivían en la península de Brecknock.
- Bagual:** Vacunos que a fuerza de vivir aislados en las montañas se han vuelto salvajes.
- Cowilij:** Nombre propio masculino, yagán.
- Cuchinjiz:** Nombre propio masculino, yagán.
- Dáschaluch:** Albatros, ave palmípeda. Los yaganes la llamaban Dáschaluch.
- Gran Cabaña:** Cabaña de forma cupuliforme, más grande que la cabaña corriente, en la cual los yaganes celebraban las fiestas "Kinas". Durante esas fiestas los adolescentes eran iniciados en las ceremonias secretas de la comunidad.
- Gran delfín:** Globicephala melas, foca de gran tamaño.
- Háus:** Nombre de los onas que vivían en la zona pantanosa del sureste de la isla de Tierra del Fuego. Este grupo indígena no pasaba de sesenta individuos en 1888, según Lucas Bridges. Los yaganes los llamaban Etalum onas, que significa onas del Este.
- Háis:** Nombre propio masculino, ona. Háis fue uno de los Ohuen creado por Kenós. Los Ohues fueron los onas primitivos, los primeros habitantes de Tierra del Fuego.

- Johon:** Hechicero ona.
- Karukinká:** Nombre que daban los indígenas a la tierra del extremo sur del Continente Americano, antes que se formara la isla de la Tierra del Fuego. También la llamaban **Tkoyuská**. Los Yaganes llamaban Onechin (país de los onas) a la isla grande.
- Kamanakau:** Nombre propio yagán, femenino.
- Kawayul:** Nombre propio háus.
- Kéninek:** Viento sur en idioma ona.
- Kenós:** El primer Ohuen de Tierra del Fuego según la leyenda, era hijo de Tarenkelas (el sur antiguo) y de la bóveda celeste.
- Kipa:** Significa mujer. Cuchinjiz-kipa significa mujer de Cuchinjiz. Lucas Bridges escribe "Keepa". Con seguridad es más exacta la palabra Keepa, pues Bridges convivió con los yaganes, y José María Beauvoir, que escribe "Kipa", no tuvo esa oportunidad. He adoptado la palabra Kipa por sonido.
- Lapa-Yuska:** Caleta situada en la costa norte de la isla Navarino, canal Beagle, frente a la isla Gable.
- Lanushwaia:** Caleta cercana a Cambaceres, costa sur de la Tierra del Fuego, canal Beagle. Significa Puerto Pájaro Carpintero.
- Látschich:** Nombre propio masculino, yagán. Según Martín Gusinde.
- Mayachka:** Nombre propio femenino, yagán. Según Saint Loup, lógicamente que debe escribirse Ma-yachka-kipa.
- Makus:** Significa hermano, en yagán. También se dice "Oalén", según José M. Beauvoir.

- Nákenk:** Nombre propio, ona.
- Ona:** Es el nombre que daban los yaganes a los habitantes de la isla Tierra del Fuego. Ellos se autodenominaban shelknam. Existían dos grupos numerosos: los shelknam del norte y los del sur. Al sureste de la isla vivían los háus. Los háus hablaban un idioma distinto a los onas o shelknam.
- Onachaga:** Nombre que daban los yaganes al canal Beagle; significa canal de los onas.
- Ohuen:** Según Beauvoir, significa antiguo. Los onas llamaban Ohuen a sus antepasados, a quienes atribuían poderes sobrenaturales. Ejercían dominio sobre los elementos y tenían poder para rejuvenecer a voluntad. Nótese que Ouwen significa atrás y que puede talvez escribirse así más propiamente.
- Ushuaia:** Puerto argentino ubicado en la costa norte del canal Beagle.
- Syuna:** Pez de las rocas, seguramente el pejesapo.
- Thaiyín:** Martín Gusinde da este nombre. Carlos Keller dice significa picaflor. Esto es inexacto, puesto que, según Beauvoir, Kehet significa picaflor en lengua ona. Thaiyín significa según Beauvoir "mucho lo deseo". No me ha sido posible encontrar el significado de la palabra Thaiyín. Gusinde lo da como un héroe ona; puede que sea yagán.
- Wapisa:** Significa ballena en idioma yagán.
- Wulaia:** Caleta ubicada en la costa poniente de la isla Navarino.
- Wujyasima:** Caleta ubicada al este de Lanushwaia, costado norte del canal Beagle.

Wuomkekayen: Viento del norte en lengua ona.

Yécamusch: Nombre que daban los yaganes a sus hechiceros.

Yakaif: Nombre propio en el idioma yagán.

Yagán: Los yaganes tenían su centro en el estrecho Murray, llamado Yahgashaga, que significa montaña, valle, canal. Según Lucas Bridges, su padre acertó la palabra, reduciéndola a "Yagán". El padre de don Lucas Bridges se llamaba Tomás y fue uno de los misioneros ingleses que vivió en tierra yagana; el primero en aprender el idioma y autor de un diccionario de la lengua de esos indígenas.

INDICE

PALABRAS DEL AUTOR	9
PROLOGO	11
MAYACHKA	15
EL PEQUEÑO LATSCHICH	35
LA CABEZA DE KAWAYUL	53
EL GIGANTE HAIS	67
THAIYIN	85
GLOSARIO	95

M A Y A C H K A

por Nicasio Tangol

se terminó de imprimir el
15 de octubre de 1965, en los
talleres de Editorial Prensa
Latinoamericana S. A. Root
537, Santiago - Chile.

LIBRERIA LEGAL